

Obras premiadas

Obras premiadas
Duodécimo Concurso de Arte y Literatura
Bancentral 2008

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Vol. 109
Serie Obras Premiadas No. 11

Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007

(11. : 2007 : Banco Central)

Obras premiadas undécimo concurso de arte y literatura Bancentral, 2007. -- Santo Domingo : Banco Central de la República Dominicana, 2008.

110 p. : il., fotos (Col.) ; 23 cm. -- (Colección del Banco Central de la República Dominicana ; v. 109. Serie obras premiadas ; no. 11)

ISBN 978-9945-443-36-3

1. Certámenes literarios 2. Artes plásticas - Concurso.
I. Título. II. Serie

PQ 7405.C65 2008
CEP/BCRD

CDD 21. ed. RD860.08

©2008

Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana

Comité de Publicaciones:

José Alcántara Almánzar, Presidente
Carmen Beatriz Rodríguez De los Santos, Miembro
Luis Martín Gómez Perera, Miembro
Luis José Bourget, Miembro
Miguel A. Frómeta Vásquez, Miembro
Elvis Soto, Secretario

Edición al cuidado de Elvis Soto

Diagramación: Cuesta-Veliz Ediciones

Diseño y arte de la cubierta: Orlando Abreu / Equis, S. A.

Fotografías de las pinturas: Alfredo Gell

Ilustración de la cubierta: Abstracto I, de Maritza Balbuena

Coordinación del concurso: Miguelina Francisco Batista

Impresión:

Subdirección de Impresos y Publicaciones

Banco Central de la República Dominicana

Ave. Dr. Pedro Henríquez Ureña calle Leopoldo Navarro

Santo Domingo de Guzmán, D. N., República Dominicana

Impreso en la República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

Contenido

Presentación	11
--------------------	----

Cuento

Primer premio, Ariadna Adames Rojas «Sin bolitas azules la tarde es otra cosa»	17
--	----

Segundo premio, Teresa Calderón Cabral «Rodolfo»	23
--	----

Tercer premio, Luis Antonio Sánchez Cavallo «Los hombres no lloran»	31
---	----

Primera mención de honor, Ariadna Adames Rojas «Locura, aquel tiempo de tristeza»	45
---	----

Segunda mención de honor, Luis Francisco Córdova Vásquez «Un gato como regalo»	49
--	----

Tercera mención de honor, Máximo Mendoza	
«Que viva el toro»	61
Cuarta mención de honor, Rafael Cintrón	
«Hoy»	67
Quinta mención de honor, Ellen Pérez Ducy	
«Sísifa»	73
Sexta mención de honor, Patricia Carolina Landolfi	
«Anorexius tremis»	85
Séptima mención de honor, Nércido Melanio Vargas	
«El mechón»	95

Pintura

Primer premio, Cándida V. Laureano de Mejía	
«Zanahorias»	107
Segundo premio, Ariadna Adames Rojas	
«Bodegón de luz»	111
Tercer premio, Teresa Calderón Cabral	
«Bodegón en sepia»	115
Primera mención de honor, Cándida V. Laureano de Mejía	
«Los tulipanes»	119
Segunda mención de honor, Geraldo A. Pimentel Ramírez	
«El Ozama camina por Guachupita»	123
Tercera mención de honor, Celina Fondeur Cernuda	
«Amapolas del campo de Francia»	127
Cuarta mención de honor, Maritza Balbuena	
«Ternura»	131

Dibujo

Primer premio, Juan Elido Estevez Hurtado « Flor de loto »	137
Segundo premio, Geraldo Amable Pimentel Ramírez « Mañana campesina »	141
Tercer premio, Ysabel Yrene Lora Ramírez « La barquita »	145
Mención de honor, Ysabel Yrene Lora Ramírez « Algunas manzanas »	149

Fotografía

Primer premio, Alejandro Guzmán Ieromazzo « El colorao »	155
Segundo premio, Sabrina Hernández Batlle « Zupia »	159
Tercer premio, Alfredo Antonio Gell Gómez « Sin aplausos por favor »	163
Primera mención de honor, Anabelle Linares Tavarez « Mi tía Chela »	167
Segunda mención de honor, Rafael V. Ravelo Peña « Alfarero en creación »	171
Tercera mención de honor, Sheila Guzmán « En el mar »	175

Presentación^{*}

Al culminar nuestras actividades culturales del presente año, me complace darles un especial saludo a todos los funcionarios y empleados, invitados, miembros del jurado y participantes en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007 que hoy se encuentran con nosotros. Este certamen constituye un evento singular por tratarse del único que tiene carácter interno, ya que está dirigido a estimular el talento creador, en literatura y artes visuales, entre el personal activo y pasivo de nuestra entidad.

Durante doce años –con excepción de uno solo en que fuera suspendido– este concurso ha puesto de relieve la inagotable cantera de imaginación e ingenio

* Palabras pronunciadas por la licenciada Clarissa de la Rocha de Torres, vicegobernadora, en representación del Lic. Héctor Valdez Albizu, gobernador del Banco Central de la República Dominicana, en el acto de entrega de premios del Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007, en el vestíbulo del Museo Numismático y Filatélico, el martes 4 de diciembre de 2007.

que subyace en muchos de nuestros profesionales y técnicos, cuyas tareas cotidianas en apariencia nada tienen que ver con ese admirable despliegue de formas, colores, imágenes y palabras a que nos hemos acostumbrado, para culminar siempre con una nota de legítimo orgullo en el esperado acto de premiación del mes de diciembre, próximo a las celebraciones de la Navidad, festividad que encierra una larga tradición de amor, solidaridad, paz y generosa entrega entre los hombres y mujeres de buena voluntad.

El arte no es un lujo, como muchas veces se dice, sino una necesidad del espíritu que viene a complementar sabiamente la dimensión material de toda vida humana. El arte existe desde que aparecieron sobre la faz de la tierra los primeros seres inteligentes de nuestra especie, primero en la caverna, sobre la piedra rústica, y luego en múltiples dimensiones, como la mejor expresión testimonial de nuestro paso por el mundo, con un legado de belleza que nos reconcilia y nos llena de esperanza en el porvenir.

«La belleza salvará al mundo», dijo con misterioso acierto Fedor Dostoievsky, genial escritor ruso que padeció las angustias de la cárcel y los trabajos forzados, pero que lejos de acobardarse, y superando sus desdichas personales, creó obras inmortales como la monumental novela *Crimen y castigo*. Esa frase –*la belleza salvará al mundo*– es una demostración de su fe en la capacidad del arte como generador de belle-

za, para redimirnos de nuestras flaquezas y miserias, enalteciendo la condición humana.

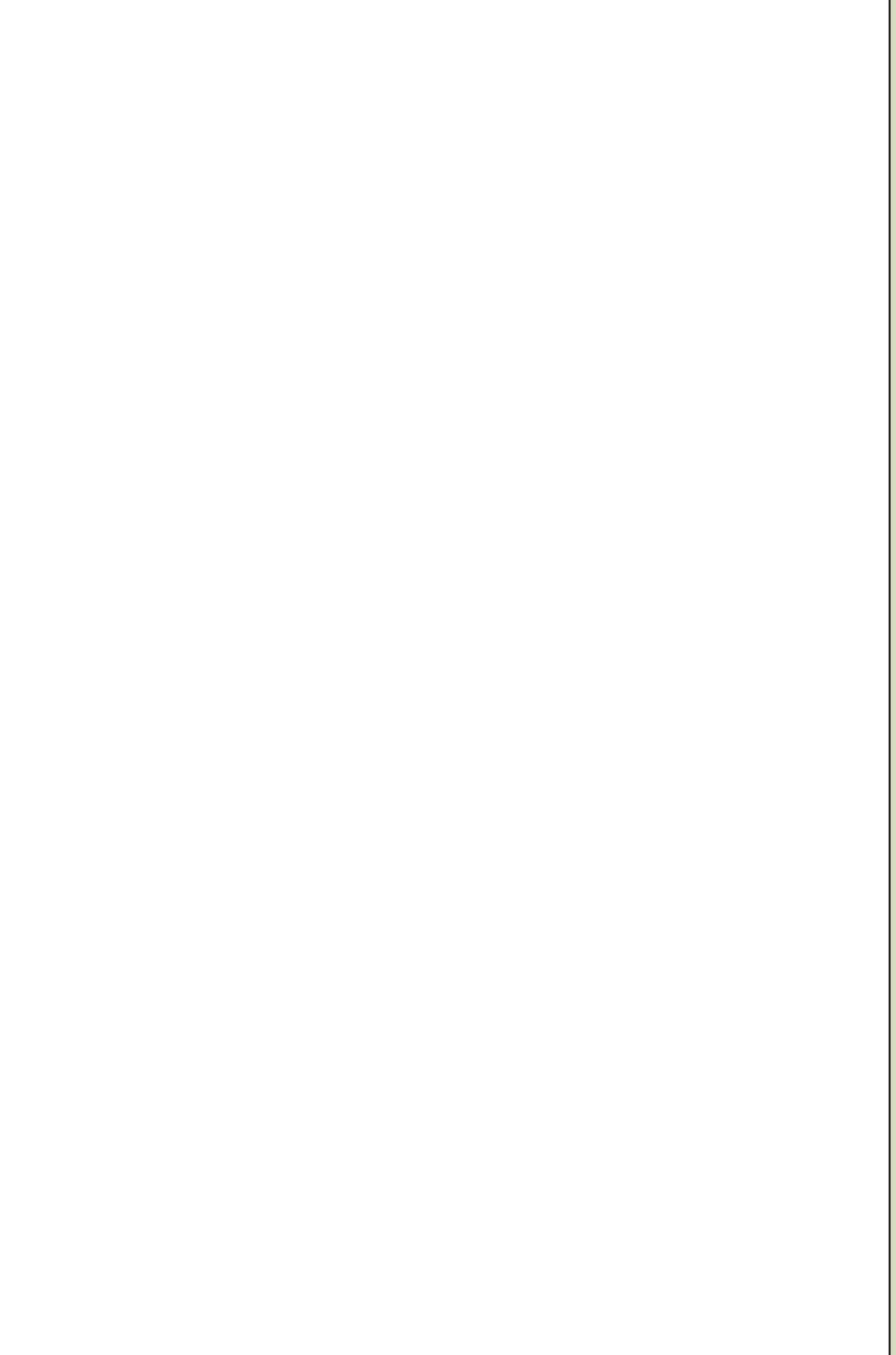
Creo, por tanto, amigos todos, que este Concurso de Arte y Literatura del Banco Central, destinado a reconocer a las inteligencias creadoras en cuento, pintura, dibujo y fotografía, se explica por sí solo y es una prueba más de las autoridades y de quien les habla, de nuestro respaldo a la cultura en la institución, así como el deseo de descubrir y de premiar el talento bajo cualesquiera manifestaciones que adopte.

Quiero agradecer, de modo muy particular, a los distinguidos miembros del jurado –al que se ha integrado a partir de este año la escritora Ángela Hernández– su valiosa labor para escoger los mejores trabajos sometidos a su consideración. Así mismo, al Departamento Cultural, por su eficiente coordinación de todos los aspectos del certamen.

Para terminar, deseo expresar mis más sinceros parabienes a los que dentro de poco resultarán premiados y exhortar a los demás a que no desmayen, pues, como decía Hemingway refiriéndose al escritor, lo primero es el talento, lo segundo es la disciplina, sin la que no se alcanza nada.

Gracias finalmente a los presentes por acompañarnos en tan agradable encuentro y muchas felicidades y bienaventuranzas a todos ustedes y sus familiares en esta Navidad.

Buenas noches.



OP 2008

Cuento

Primer premio
**Sin bolitas azules la
tarde es otra cosa**


Ariadna Adames Rojas

Nació en Santo Domingo el 30 de noviembre de 1986. Hija de Héctor R. Adames y Josefina Rojas de Adames. Realizó sus estudios de primaria y secundaria en el Colegio Dominicano De La Salle, en el que obtuvo el mejor promedio académico de su promoción (2005). En dicho colegio disfrutó de la aproximación al arte a través de la profesora María Cristina García.

En el año 2005, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) la selecciona como Estudiante Meritoria Nacional del Programa INTEC con los Estudiantes Sobresalientes (PIES). Es egresada del Instituto Dominicano de Periodismo (IDP).

En la actualidad cursa la Licenciatura en Derecho en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y desempeña sus labores en la Comisión Jurídica del Banco Central de la República Dominicana.

Su inclinación a la literatura y la pintura se evidenció a temprana edad. En 1995, con nueve años de edad, recibió el Premio de Lectura, Lector Sobresaliente, del Colegio Dominicano De La Salle. Más tarde, en 1996, la revista infantil Al Compás, del Listín Diario, la reconoció como ganadora del tercer lugar en el VIII Concurso Literario «El Rey León». En el 2000 obtuvo la segunda mención de honor del IX Concurso «Poesía a las Madres», organizado por la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña. En el 2003 ganó el primer lugar en el concurso literario «Terminemos el cuento», realizado por el Listín Diario, Plan Lea y Unión Latina, cuyo premio consistió en un viaje cultural a Madrid, España. Más tarde, en el 2005, obtuvo la primera mención de honor del mismo concurso.

En la actualidad asiste al Taller Literario César Vallejo y toma clases de pintura con el profesor Miguel Valenzuela.

La tarde caía delgadamente sobre los techos antiguos. El vuelo de los pájaros dibujaba un bosquejo de retirada en el cielo. El mar se sometía fatigadamente a un descanso planeado. La ciudad completa lucía estorbada por un sopor insano. Así recuerdo que era ese día en que olvidaron la carpeta.

La muchacha no era bonita, pero llevaba consigo esa cadencia ligera que hacía a todos mirarla. Su languidez y sus grandes ojos de muñeca le daban cierta gracia y un aire de antigüedad. Sus movimientos eran diáfanos y ligeros. Vestía siempre con aquel vestidito de bolitas azules, que al verlo volar con la brisa hacía de la tarde un momento sensacional.

Así cada día, el verla allí, reunida con los pintores de la plaza y escucharla reír estrepitosamente, entre el humo de los cigarros llena de alegría y desenfado, con cierta insolencia, pudiera decirse, me permitía admirar su encanto. Su presencia era la imagen libertad. Era libre al saludarlos, al ver sus carpetas y al sacar de éstas esos papeles con unos dibujos que yo no lograba distinguir. También lo era al marcharse, así tan de repente que se paraba y sonreía, sonreía

con la boca, con las manos y con el cuerpo. Y su vestidito blanco de bolitas azules bailaba con la brisa, hasta perderse a lo lejos.

Yo no quería saber de ella, me bastaba con verla cada tarde en la cafetería, con su misma presteza y cordialidad. Para mí era suficiente con enfrentarme a su misterio desde lejos. Quizás, por esa falta de interés que siempre creí tener, me resulta tan sorprendente que me haya atrevido a hurgar en esa carpeta.

—Cuatro cafés por favor –ordenó uno de ellos.

—Y una Marlboro –ella agregó.

Ese día en que se marcharon y dejaron la carpeta olvidada sobre la mesa debí entregarla al mozo inmediatamente para que él se la guardara. Si así lo hubiese hecho y no hubiese fisgado entre esos papeles, mi tarde seguiría siendo lo que era, un momento de regocijo con el mundo y su belleza. Pero cuando me acerqué a esa mesa y tomé la carpeta entre mis manos, no atiné sino a sentarme a observar los dibujos. Era ella la allí plasmada, hecha toda piel ante mis ojos, desnuda, sin bolitas azules. Posaba despreocupadamente, con esa misma espontaneidad con la que levantaba una taza, o con la que se recoge un caracol en la playa, con esa libertad insultante con la que nos echaba en cara su individualidad. Posaba en posiciones simples, acos-

tada de espalda y de frente, siempre con el pelo recogido. Su piel sin bolitas azules era manifiestamente una escena escandalosa.

Llamé al mismo mozo que los había atendido.

—Las personas que estaban ahí sentadas olvidaron esta carpeta —le dije señalando con un dedo la mesa.

—Ah, sí, esos artistas siempre olvidan algo —dijo. No sé donde tienen la cabeza puesta. Un día olvidarán también la vida —continúo. Yo se la entrego, gracias —y se volvió a atender a un señor que escribía algo en un papel marrón.

Luego lloré amargamente. Y es que no es fácil descubrir cómo alguien asesina bolitas azules para vivir en un papel blanco, respirando apenas a través de tristes líneas negras. Desde entonces, ya las tardes no eran la misma cosa, y a pesar de saberla presente, con su misma carcajada estridente, no lograba presenciar aquel concierto en que cientos de bolitas azules entonaban una melodía armoniosa, aquel concierto en que yo creía que esas bolitas gozaban de su misma libertad.

Segundo premio
Rodolfo


Teresa Calderón Cabral

Primero que todo, nací. Para hacer esto tengo que haber nacido. Nacido en un lugar, así que fue, por suerte, en la capital de la República Dominicana. Semejante acontecimiento sucedió en el primer lustro de la década de los 50.

En mi adolescencia fui fanática de los Beatles. Cuando acabé el bachillerato en el Colegio San Judas Tadeo, tomé la determinación de estudiar en el viejo mundo. Mis padres me apoyaron. Viajé a Europa.

Motivada por los acontecimientos históricos y políticos de mi país, me inscribí en la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Pro-Deo, en Roma, Italia. Allí aprendí muchas cosas. Entre ellas, que nunca sería política.

Regresé a mi país donde comencé una nueva carrera. Entré en INTEC donde estudié Administración de Empresas.

En el ínterin, me casé con un buen hombre. De ese matrimonio tuve dos hijas, Patricia y Laura. Me han regalado dos nietos y otro que viene en camino. A todos/as los/as amo profundamente.

Por esos años en que me casé, solicité trabajo en el Banco Central, que estaba por inaugurar; para ese entonces, la Oficina Regional de Santiago de los Caballeros, donde vivía a la sazón. Por fortuna, me aceptaron.

Al año de trabajar en la Oficina Regional, pedí mi traslado para la Capital. Trabajé en el BC durante veinticuatro años, donde, además de aprender miles de cosas técnicas, escalar peldaño a peldaño las posiciones desempeñadas con entrega, mística y amor; cultivé hermosas amistades que vivirán por siempre en un rincón especial de mi corazón.

Durante los años de trabajo en la citada institución, me divorcié y me casé de nuevo con una persona excepcional (gran amigo), con quien tuve un hijo maravilloso, Abel, a quien amo entrañablemente.

Ahora estoy pensionada. Haciendo dos cosas que siempre soñé hacer: escribir y pintar. Además, a mis años he vuelto a sentir la fiebre de ser fanática cual colegiala frenética (con distinguida moderación). Esta vez de un grupo argentino de música y humor llamado "Les Luthiers", a quienes amo locamente por traer alegría, música, cultura, cariño, cada día de mi existencia.

Tengo una familia amorosa de gente buena, trabajadora, honrada y una cantidad inenarrable de buenos/as amigos/as por todo el mundo, con quienes comparto gustos, inquietudes, penas, alegrías y un montón más de cosas agradables.

Doy gracias a Dios por todos mis tesoros, sobre todo, por "saberLo" en mí, llenando mi mundo de serenidad, de paz interior.

Lo conocí una noche, de forma sorpresiva, extraña. Salí a ver la Luna Llena por la parte de atrás del apartamento. No sé cuántos pasos había dado en plena oscuridad, mirando hacia el cielo, por entre los árboles del patio de mis vecinos, cuando de pronto, lo sentí sobre mí. Había chocado conmigo o yo con él, no sé.

El susto fue tal, que corrí despavorida hacia mi casa y cerré rápidamente la puerta de un tirón, sin haber logrado mi objetivo.

No pude verlo, sin embargo, seguro que se trataba de algún vecino. Pasé varios días con aquella desagradable impresión y por supuesto, no volví a buscar la luna. Al menos, no por ahí.

Una semana más tarde, entrada la noche, tenía que buscar algo importante en el área de lavado. Esta vez, prendí luces y no avancé hasta estar segura de tener el control visual de todo el espacio. Entonces, a través de las rejas del hueco del lavadero, lo vi.

De nuevo me asuste. El corazón latía a toda prisa, pero no me moví. Él tampoco. Nos miramos como

dos idiotas. Sin sonreír, sin hablar, sin mover un solo músculo. Con la mirada fija el uno en el otro. De pronto, se marchó con paso largo, sin más ni más.

Nuestros silenciosos encuentros se hicieron frecuentes, más bien, formaban parte de la cotidianidad. En cada uno de ellos, se hacía notoria una fuerte descarga de adrenalina, al menos para mí. Nunca supe lo que sentía en realidad. De todos modos, me hizo evocar uno de mis tantos enamoramientos platónicos.

Recordé la vez que me enamoré locamente de mi vecino del lado, a la edad de 9 años. Él, tenía 12. No fue mi primer amor. Llevaba acumuladas tres quimeras en mi haber. Pasábamos horas mirándonos por las ventanas de nuestras respectivas habitaciones. Cuando el sueño nos vencía, nos despedíamos con un suave movimiento de mano, cerrábamos las ventanas y yo ponía en mi tocadiscos portátil: «Buenas noches mi amor», que cantaba Roberto Yanés.

Durante el día había otro ceremonial. Los colegios tenían dos tandas. Cuando llegaba, al mediodía, comía lo más rápido que podía, en interés de salir a la terraza a esperar que el autobús de su colegio lo buscara y pasara por el frente de mi casa, para decirle adiós.

Los fines de semana, nos juntábamos con todos los niños del barrio. El único que tenía «bici» era él. Los demás teníamos patines.

Con frecuencia, me invitaba a que me prendiera de la parrilla trasera de su bicicleta con mis patines puestos, para pasearme. ¡Era lo máximo! Sentía que viajaba en una alfombra mágica.

Esa hermosa y cándida rutina duró casi tres años sin ninguna variación.

Un sábado, mientras el grupo, reunido en un solar del vecindario, formaba los equipos para jugar pelota, uno de lo muchachos dijo: «No esperemos a Víctor, se fue en su «bici» a «hacerle esquina» a la que dice que va a ser su novia.» Supe que se llamaba Rizos de Oro.

No volví a montar patines ni a jugar pelota. Años después me fui a estudiar fuera del país. Por allá me enteré de que se habían casado.

Evocaba esos hermosos momentos cada vez que salía a mi «encuentro» con Rodolfo. Sí, con Rodolfo. Una noche muy especial, escuché una voz pronunciar ese nombre un par de veces. Al primer llamado, levantó al máximo la cabeza, ladeó la cara como buscando una mejor audición. La segunda vez que fue pronunciado su nombre, desapareció, de repente, con sus estirados pasos.

La voz provenía de algún lugar que, con honestidad, no sabría identificar.

Esa noche, di riendas sueltas a mi imaginación. Volé hasta un cuento sinfónico de «Les Luthiers». Soñé despierta que Rodolfo era mi príncipe encantado.

Una mañana, semanas después, cuando me disponía a salir a hacer mis caminatas habituales, escuché un grito de terror. Abrí mis ojos todo lo que pude, como si eso me fuera a permitir ver lo que sucedía en el edificio del lado. Comencé a escuchar voces con tonos muy altos. Se entrelazaban y no me permitían descifrar el suceso. Seguí ahí, muy atenta, durante kilométricos segundos. Sin embargo, antes de que pudiera entender nada la calma había regresado.

Me dirigía de nuevo a la puerta cuando, por segunda vez, las vociferaciones ensordecedoras irrumpían en el silencio de la incipiente mañana, aún sin brillo.

Un escalofrío invadió todo mi cuerpo. Sentí miedo. Supe que algo poco agradable estaba a punto de suceder. Los alaridos seguían acompañados de palabras de mal gusto. Una voz de hombre, muy alterada, preguntaba que dónde estaba, mientras la mujer, muy descompuesta, contestaba algo así como: «Ahí abajo. No, se fue por ahí. Mírelo... Páseme eso. Usted no sirve... Voy a acabar con él.»

Al instante, escuché el golpe seco de un palo que, en apariencia, pegaba fuerte en el blanco escogido. Comencé a temblar como una hoja batida por el viento. Mis ojos se llenaron de lágrimas a medida que mi corazón se partía en mil pedazos.

Los golpes con el palo, se repetían inclementes una y otra vez con más fuerza, mientras la mujer lanzaba toda clase de improperios.

¡Cuánto odio! ¡Cuánta ira! ¡Cuántos sentimientos reprimidos guardaba esa señora, en su interior!

Lloré desconsoladamente, no sólo porque habían matado a Rodolfo, sino porque me preguntaba: «¿Cómo puede una persona darle más de veinte palos a un indefenso sapo vociferando maldiciones?» La respuesta surgió de forma automática: «Sólo si está muy dañada. Pobre humanidad.»

Adiós Rodolfo, contigo se va otra quimera.

Tercer premio
Los hombres no lloran


Luis Sánchez Cavallo

Nací el 24 de octubre de 1965 en un pueblo costero de hermosos paisajes y ríos de cristalinas aguas. Soy Barahonero de nacimiento, orgullo y corazón. Tuve la suerte de pasar parte de mi infancia y adolescencia en Caletón, campo costero con gente sencilla y humilde. Como nací y me crié entre el pueblo y el campo pude disfrutar plenamente de la naturaleza, de sus virtudes y beneficios.

Tengo la gran fortuna de ser nieto de Pablo Cavallo y hijo de Esther Cavallo y Luis Sánchez.

Mis estudios primarios los realicé en el colegio Barney Morgan, en Barahona.

En busca de mejores oportunidades emigramos hacia la ciudad de Santo Domingo en 1974.

En 1983 terminé la educación intermedia y básica en le Colegio Evangélico Central donde obtuve el grado de Bachiller en Ciencias Físicas y Naturales.

Desde pequeño mostré gran amor e interés hacia los animales. En 1984 ingresé a la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) a estudiar Medicina Veterinaria deseo que vi realizado en 1990 al obtener el grado de Doctor en Medicina Veterinaria.

El 15 de julio de 1991 ingresé al Fondo de Inversión para el Desarrollo Económico (FIDE) del Banco Central de la República Dominicana, en la Subdirección de Créditos Agropecuarios.

Ese mismo año contraje nupcias con Idelsy Severino y Dios nos bendijo dándonos los tres hijos más hermosos y buenos del mundo, Fernando José, Luis Eduardo y Rocío Nathalie.

En el año 2000 regresé nuevamente a las aulas, esta vez a estudiar Comunicación Social en la Universidad de la Tercera Edad (UTE), en donde obtuve el título de Licenciado en Comunicación Social, con merito de Magna Cum Laude.

El 11 de junio del año 2004 pasé a formar parte del Departamento de Comunicaciones del Banco Central de la República Dominicana en el cual permanezco a la fecha.

Todavía escucho las palabras de mi padre diciendo de forma fuerte «Los hombres no lloran». Cuando era pequeño y lloraba por alguna caída o por algún golpe que me propinaban en alguna pelea siempre oía la voz de mi padre que me gritaba con aspereza, al tiempo que me daba un fuerte golpe con su mano en la cabeza: «No llore, que los hombres no lloran». No importaba que estuvieran mis amigos, que estuviéramos en la iglesia o delante de cualquier persona. Mi consuelo siempre lo fue mi abuela paterna. Cariñosa, amable, dulce, era el contraste de mi ordinario padre.

A esto se sumaba la ausencia de mi madre. Nunca la conocí pues, me decían, que murió cuando yo era muy pequeño.

Durante muchos años no supe el porqué, yo su único hijo y sin embargo, no me demostraba el afecto que yo veía que otros padres prodigaban a sus hijos. Ni en mi cumpleaños, ni en Navidad, ni en ninguna fecha en especial. No, mi padre no tenía mucho cariño que brindarme y aunque siempre sentí que me quería no entendía el alejamiento ni las razones que le impedían demostrármelo.

En cambio él con mi abuela era totalmente diferente. Siempre estaba atento a ella y a sus necesidades. Con ella era todo lo contrario que conmigo. Cariñoso, amable, dispuesto.

Mi abuela me repitió muchas veces que él no siempre fue así: «Hay cosas que te hacen cambiar para siempre pero no le hagas mucho caso», me decía, «que él es boca de diablo y corazón de Dios». Yo sabía que algo me ocultaban pero ignoraba qué.

Así crecí, convencido, a fuerza de golpes y repeticiones, de que en verdad los hombres no lloran. Pese a las pocas demostraciones del cariño de mi padre, tuve una niñez feliz.

Las caminatas por el campo, el baño en playas y ríos, los bailes, el «ve Ramoncito, apaga la luz», y que cuando la apagaba uno se aprovechaba para pegárseles a las muchachitas, las guerras con cáscaras de naranjas y las canciones de Leonardo Favio y Nicola di Bari, formaron parte importante de mi niñez y preadolescencia.

A los quince años me enamoré por primera vez. Rosita era muchachita que vino a mi pequeño pueblo procedente de la Capital. Blanquita, pelito castaño por debajo de los hombros, unos senitos y unas nalgas que hacían que me mantuviera desvelado en las noches.

Desde el primer día fue una guerra de enamoramientos por la Rosita. Y yo enamora que enamora a

la Rosita de mis sueños y desvelos. Ya me veía entrando al cine y caminando por el barrio agarrado de su mano, y a su papá presentándome como el novio de su hija, y a la mamá invitándome a almorzar a la casa.

Así estaba yo soñando todo el tiempo con la Rosita que sentía que caminaba sin que los pies tocaran el suelo. Estaba en las nubes cuando un golpe seco en la cabeza me hizo despertar «que le laves la leche a don Aquilino», me dijo ásperamente mi padre, y agregó «este muchacho de la mierda está como medio idiota». «Se la llevo en un momento», le contesté. Pero en mi mente sólo estaba en elegir la mejor ropa para la fiesta que los padres de Rosita le tenían por su cumpleaños. Invitaron a casi todos los muchachos del barrio, yo incluido.

Ya en la fiesta me sentí en las nubes al bailar con la Rosita. Estaba viviendo un sueño. Pero Rosita se mostraba más interesada en Juan Castro que por cualquier otra cosa que estuviera ocurriendo en la fiesta. Sus miradas, sus señas, su complicidad. Los muchachos del barrio nos dimos cuenta casi de inmediato de lo que más tarde se confirmó, que Rosita y el Juan Castro tenían amores y lo supimos cuando los vimos dándose un beso a hurtadillas. No puedo negar que sentí un escalofrío en todo el cuerpo y una envidia por el Juan. Y así estaba, digiriendo mis angustias cuando oí una voz que dijo: «Buenas noches

don Rogelio, excúseme que venga a interrumpir la fiesta pero es que necesito que Daniel venga a casa que tiene tareas pendientes». Yo sentía que me moría. «No es nada don Rafael. Mire, allí está Daniel con los otros muchachos», respondió el padre de Rosita.

Salí en silencio y el animal de mi padre no esperó que nos alejáramos de la fiesta sino que me dio el primer manotazo ahí mismo, delante de todos: «Coño, yo no te dije que le llevaras la leche a don Aquilino, que su esposa está enferma y están esperando la leche para la cena, pero el señorito andaba de fiesta». Y terminando de decir esto me dio otro manotazo. No pude evitar mirar hacia atrás y vi que todos, incluyendo a Rosita, reían.

Esa noche quise morirme, peor aún, quise matar a ese abusador por la vergüenza sufrida.

De la rabia se me salieron dos lagrimas y ahí se repitió la historia, un nuevo manotazo en mi cabeza y las palabras, las malditas palabras de que «No llore, que los hombres no lloran».

De vuelta a la casa, y como cosa del destino, en la radio sonaba la canción de King Klave que dice: «Y dicen que los hombres no deben llorar por una mujer que ha pagado mal pero yo no pude contener mi llanto y cerrando los ojos me puse a llorar», y que le tuve envidia a ese cantante porque él sí que podía llorar sin que ningún padre lo obligara a callar a

manotazos. Ahí juré que algún día me vengaría de él, que me pagaría todos los manotazos y desconsideraciones. De ese momento en lo adelante mi deseo de venganza no desapareció.

Antes de la fiesta y desde que Rosita llegó al barrio busqué siempre la forma de verla pero ahora era todo lo contrario, me ocultaba o corría en sentido contrario de donde ella venía. No, la vergüenza no me dejaba mirarla a la cara.

Y así pasó el tiempo y mi corazón se fortaleció y mis ojos no botaron lágrimas ni cuando entraba una basurita en uno de ellos.

La casa en la que vivíamos era grande, de seis habitaciones, gran patio con árboles frutales. En el centro del patio reinaba un gran árbol de mango cuya sombra lo cubría casi totalmente. El jardín estaba alfombrado de una grama verde y en él se notaban plantas como «Galán de noche» preferida por su olor y otras que abuela cuidaba con esmero. Era su lugar favorito y en él que se pasaba horas. En la entrada a la sala había colocado un sonajero cuyo melodioso sonido nos informaba cuando soplaba el viento.

Y en esta casa tan grande sólo vivíamos mi padre, mi abuela, la tía Cenobia y su hijito Carlitos. La tía tuvo amores con un español y, me dicen, que se iban a casar cuando salió embarazada. Su novio cuando se enteró le dijo un día «voy a hacer una

diligencia a la Capital, nos vemos en la tarde» y de eso han pasado ocho años y nunca se le ha vuelto a ver. Es más, nunca ni siquiera se ha sabido de él. Casa tan grande para tan poca gente. No entiendo.

Mi vida prosiguió al igual que la de todos los habitantes del pueblo. Rosita se había mudado. El trabajo de su padre como gerente del Banco Agrícola los llevaba a vivir en diferentes pueblos. Luego me enteré de que se había casado.

Yo de mi parte llevaba la vida entre el trabajo y las necesidades propias de la juventud. Contaba con 23 años y mi complexión física era bastante buena. Grande, musculoso pero sin poderme liberar de los manotazos que me propina mi padre. Tengo la fuerza y el deseo de vengarme todos esos golpes y desconsideraciones pero si lo hago en estos momentos estoy seguro de que la mortificación que conllevará la acción acabaría con mi Mabuela.

En todas las etapas difíciles de mi vida mi consuelo fue siempre mi abuela, mi Mabuela, como le decía por considerarla madre y abuela. Por eso me preocupé cuando supe que la tía Cenobia la llevó al médico tres veces en sólo once días.

Sé que algo malo ocurre. En la habitación de ella la veo con mi padre hablar en susurros. Mi padre frente a ella y de espaldas a la cama. Ella le habla y la agarra las manos y él que se sienta en la cama y la abraza por la cintura al tiempo que ella le pasa la

mano por la cabeza. El le dice algo, parece que la consuela.

Las visitas de Mabuela al hospital se hicieron parte obligada, rutinaria y no agradable de nuestras vidas. El pelo, antes largo y blanco, se le había reducido a unas pocas hebras. Su piel blancuzca se veía negra, como quemada, su cuerpo delgado sufría los embates de la quimioterapia. Hasta su ánimo, ese que siempre fue distintivo, disminuyó casi hasta extinguirse.

Y en este trajinar llegó mi cumpleaños pero nadie parece recordar la fecha aunque eso no importa porque nunca mi cumpleaños ha sido tomado muy en cuenta. Que recuerde apenas si me felicitaban Mabuela, la tía Cenobia y uno que otro tío Y ahí acaba la lista. Pero siempre, siempre con el cuidado de no hacerlo muy notorio. Recuerdo, cuando era pequeño que la Mabuela derramaba lágrimas cuando me abrazaba para felicitarme.

La casa está triste y silenciosa como si ella también sintiera la pena que nos abate. Mi padre, visiblemente triste, sale a la galería. En su mano derecha tiene un vaso con ron que lo bebe poco a poco así como se le iba la vida a mi Mabuela.

Salgo también a la galería dejando a mi tía Cenobia con Mabuela. Mi padre apenas nota mi presencia. Toma un pequeño sorbo de ron y habla, más bien para sí mismo, que para mí. «Que no sea en este

mes y que no sea en este día», dice, y añade «maldito mes, maldito día». Lo oigo pero no pronuncio ni una palabra. Su mirada estaba fija en el suelo, y de pronto la levanta como queriendo mirar a Dios y dice: «por favor, que no sea este día, que no sea este mes», como queriendo cambiar los designios del Creador. «¿Qué pasa en este día, es por mi cumpleaños?» le pregunté. «No, me contestó, y después de un rato de silencio añadió: «Es que un día como hoy murió tu madre». Un frío me recorrió el cuerpo «Pero, hoy es mi cumpleaños», balbucí. «Sí, murió al darte la vida», fue su respuesta, y añadió: «Fuimos novios desde que éramos jovencitos. Queríamos tener una familia larga, con muchos hijos, por eso construimos esta casa tan grande pero el nacimiento de nuestro primer hijo, tú, acabó con ella y con nuestros sueños».

Y ahí todo se me aclaró. El tema que me fue vedado durante toda mi existencia había sido develado, el porqué de que mi cumpleaños nunca fue celebrado, el porqué de su casi indiferencia hacia mi. Ya los muchos porqués que siempre me acompañaron tuvieron respuesta ese día. No pude decir nada, mi mente sólo iba contestando las preguntas que me había hecho miles de veces, respondiendo, como eslabones de una cadena, cada una de mis dudas e interrogantes.

«Quise decirle muchas cosas porque... ¿qué culpa tengo yo de eso?» Estaba como en estado de shock

cuando la tía Cenobia, llorando, nos llamó: «¡Vengan, pero rápido!». Ambos corrimos a la habitación de Mabuela. Su cuerpo delgado, exageradamente delgado, su boca abierta tomando las últimas bocanadas de aire. La vida que se le iba. La muerte que venía a buscarla. Y en la madrugada Mabuela murió. «¡Maldito mes, maldito día!», y tragó en seco mientras miraba el viejo reloj de pared, «y... maldita misma hora», dijo mi padre. Quise llorar pero no pude.

La enterramos un lluvioso día. De vuelta a la casa mi padre siempre evitó el contacto directo conmigo. Y sólo dos personas no lloraron la muerte de Mabuela: mi padre y yo.

Esa noche me fue difícil conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama sin conseguir dormirme. Ya bastante tarde, en la madrugada, me levanto y logro divisar unos rayos de luz que se filtran a través de la puerta entreabierta de mi padre.

Avanzo con pasos ligeros y abro suavemente la puerta y veo a mi padre de pie y de espalda a la cama, con la mano derecha cubriéndose los ojos y llorando. No sé si sólo por la muerte de Mabuela o porque con este dolor se recuerda y potencializa el otro, el de la esposa muerta, porque hay heridas sentimentales que nunca sanan, que se mantienen frescas aunque hayan pasado muchos años. Mismo mes, mismo día, misma hora.

Lo estuve observando por unos segundos que me parecieron horas. Abrí la puerta fuertemente y le grité encolerizado: «Y no dizque los hombres no lloran», coño, al tiempo que daba un fuerte golpe en la pared. Cuando mi padre me vio se agarró el vientre y cayó sentado en la cama, como aquel al que le da un fuerte golpe en el estomago. Y seguía llorando.

Caminé de un lado a otro de la habitación. Mi rostro reflejaba la ira que sentía. Luego de unos momentos caminé hacia él. Era el momento que esperaba desde niño, el momento del desquite. No me importaba que fuera el día que murió mi madre, el día que enterramos a Mabuella ni que fuera el día de mi cumpleaños. No, sólo era el día de la venganza y en mi mente sólo quería hacer lo que tantas veces deseé. Y mientras me le acercaba, iba seleccionando cada palabra que le diría, palabras que fueran lo suficientemente hirientes como para devolverle las amarguras que él me había hecho sentir.

Caminé lentamente hasta quedar frente a él. En ese momento lo vi derrotado, desprotegido. Levanté mi mano para darle un golpe por la cabeza y decirle esas palabras tal y como él lo había hecho conmigo miles de veces. Me quedé con la mano en alto. El golpe nunca llegó. Al verlo así, tan descubierto, tan acabado, tan expuesto y mostrando al hombre que en verdad era. En ese momento no tenía la máscara que por tantos años usó, no tenía la cubierta protec-

tora, de fortaleza interna que mostraba a los demás. Poco a poco bajé la mano. Sentí como si me quitaran una montaña de los hombros. Al verlo llorar me sentí como liberado de mil cadenas. Ahora me sentía libre de mostrar mis penas y sufrimientos y podía expresarme como quisiera. Yo también sentía la muerte de Mabuela, el no haber conocido a mi madre, el haberla matado cuando nació. Un sentimiento de paz me invadió y, en vez de darle el golpe o de insultarlo, me agaché, lo abracé y lloré con él.

Primera mención de honor
Locura, aquel tipo de tristeza



Algunas noches, desde el balcón, la observaba asomada al estanque, tendida sobre su orilla. Era tan angustiante verla así, tan afanada en su empresa de mantener el estanque limpio de aquellas hojas que caían de los almendros. Extendía sus brazos más allá del borde y, con sus dedos, daba golpecitos suaves sobre el agua, creando ondas sobre su superficie que seguían reproduciéndose golpe a golpe y parecían extenderse hacia la oscuridad de la noche.

Nadie había podido disuadirla de que se apartara del estanque, y el sólo hecho de pensar que pudiese resbalar me aterrorizaba tanto que esgrimía frente a ella argumentos como por ejemplo que esos peces del estanque eran en realidad monstruos y que adquirirían forma inofensiva para lograr que se les acercaran, y así, si por casualidad alguien resbalaba y caía, quedaba perdido por siempre bajo el agua, en sus garras; o que, sentada así, como aplatanada sobre la hierba que rodeaba el estanque, podía torcerse su columna, y que las niñas, una vez torcidas sus columnas, lucían como los árboles del malecón al ser chocados por los carros. Cosas así se me ocurrían.

Era tal mi inquietud por ella que en frecuentes arranques de desesperación subía el volumen de la música para llamar su atención, y bailaba y bailaba; ya deseaba yo que escuchara la música, que me mirara y se apartara de ahí, pero ya ella era parte del estanque, tanto así que pudiera decirse que de él emanaba, o que, de tanto acompañarlo, quedó junto a él fundida, petrificada. Toda ella era un recuerdo de agua, de pez; hasta el olor de su piel la delataba, su mirada y su voz sabían a moho y a soledad. Ella y él eran para mí una misma cosa, un mismo martirio.

Solo yo seguía obstinada en alejarla del estanque. En casa ya todos la habían olvidado. Yo aún no sabía lo que era la locura, y estaba menos acostumbrada que ellos a ese tipo de tristeza. Aprendí, con el tiempo, a observarla y a aceptarlo, a vivir con el temor eterno de que un día pudiera ahogarse. Es inútil, sin duda, luchar contra la locura.

Segunda mención de honor
Un gato como regalo


Luis Fco. Córdova Vásquez

Luis Fco. Córdova Vásquez nació en Santiago de los Caballeros el 11 de octubre de 1980. Escritor y abogado, realizó estudios de Administración de Empresas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y obtuvo la Licenciatura en Derecho en la Universidad Dominicana O&M. Ha tomado cursos y diplomados en formación política auspiciado por la Secretaría de Estado de la Juventud y otros realizados por Intec, Unibe y la USAID. En estos momentos labora en la Oficina Regional del Banco Central de la República Dominicana.

Ha sido Presidente de Sociedad Cultural Alianza Cibaëña, Inc. y miembro de Casa de Arte, Inc., Ateneo Amantes de la Luz y del Taller de Narradores de Santiago, así como coordinador del Festival Internacional de Cultura ArteVivo. Actualmente participa en la concretización del colectivo FACES (Foro Abierto de Cultura, Economía y Sociedad) junto a jóvenes de diversos sectores que propician un intercambio de ideas y propuestas a los esquemas sociales del país con miras al contexto caribeño.

Por sus trabajos a favor del desarrollo cultural en el país le fue entregado el Premio Nacional de la Juventud 2006, máximo galardón que otorga el Estado a los jóvenes más destacados de la República Dominicana. La Sala Capitular del Ayuntamiento de Santiago de los Caballeros, mediante Resolución No. 2825-07, decidió otorgarle el Premio a la Juventud Santiago Apóstol. Su primer libro de cuentos, El otro rojo de la muerte, obtuvo el Premio Nacional de Cuento Jaime Colson 2005 (otorgado por la Fundación Brugal y la Sociedad Cultural Renovación de Puerto Plata), sus cuentos han sido premiados en importantes certámenes como el de Radio Santa María (Primer Premio, 2002) y publicados en antologías nacionales de narrativa.

Cuando Aura lo llamó para entregarle «un regalo especial», Ernesto la citó en el café del frente de la puerta lateral del Conservatorio.

No con mucho ánimo aceptó ver a su ex-esposa, su segunda mujer, a la que no veía desde aquella noche en la que, por casualidad, la encontró en un concierto benéfico en el que ella ejecutó una pieza en el chelo.

Prefirió ese lugar, aparte de ser cercano, porque de ella incumplir con la hora acordada, su rutina –hombre incomprensiblemente metódico– no se alteraría. Vería las manecillas de su reloj, recorrería con sus enormes ojos el interior del cafetín desde las vitrinas, las mesas ubicadas en las afueras del local. Lo había decidido: no daría tregua a la espera. De no verla seguiría por su invariable acera, seguiría camino al apartamento de sus tías a tomar *Iced-tea* de limón con galletas de ajonjolí, una combinación seductora.

Pero sus planes, sus irreductibles planes, no pudieron consumarse. Al cruzar los portones del Conservatorio, al cambiar los libros a la mano derecha, al recoger la manga del saco para ver el reloj,

confirmar la hora y recorrer con sus enormes ojos las mesas, los detalles del decorado del café que por primera vez tenían vida para él, allá, en aquella mesa, Aura secreteaba algo a una caja envuelta en papel de regalo con un formidable lazo y agujereada por todas partes.

Se extrañó. Hacía tiempo que no veía las excen- tricidades de Aura y el hecho de verla sentada en la mesa junto a árboles, hablando con una caja le rememoró aquella ocasión en la que, a su regreso de una gira de maestros de música por los Estados Unidos, le guardó la sorpresa de que había pintado todas las paredes del apartamento con diferentes tonos de verde, había sustituido los finos muebles y sillones por artesanales piezas hechas en el interior del país. Se «convirtió» al ecologismo y le construyó un «refugio» a su adorado Ernesto.

Pero ahora se sorprendía él, hombre evasivo, de no sentir ningún rencor por sus rarezas. Su odio, si acaso se le puede llamar así al extraño sentimiento que ahora tenía, se debía a que en sus últimas aven- turas la prioridad eran los gatos.

Ornamentación. Gatos. El chelo. Los discos. Ga- tos de nuevo. El alprazolán. Todo daba vueltas. Todo parecía repetirse como una pieza para piano que tiene que ser tocada con el método soviético, aquel que le enseñaron las profesoras cubanas de la Es- cuela cuando era niño y que luego tuvo que des-

aprender cuando la escuela americana lo hizo profesor. Todo daba vueltas como los caminantes vespertinos en los jardines del Conservatorio.

Lo cierto [es] que la vio. Le pareció aún seductora. «*Hola, Ernesto*». «*Hola, Aura. Estás bella, como siempre*», dijo mientras se sentaba acomodando aparatosamente sus libros, escena de su teatro perfecto para no besar su mejilla, para no saludar y demostrar con la evasión una supuesta indiferencia que ella leía como la más clara expresión de que la pasión hacia ella y sus manías estaba intacta.

Por fin sentados, Aura rodó la caja hacia él. «*Es tu regalo. Pensé en ti desde que nació. No sé, algo me dijo que te haría bien*». «*¿Desde que lo viste nacer?*». Tragó en seco, sudaron sus manos. El primer maullido se hizo perceptible. «*¡Wow! Se presentó solito. ¿No te parece increíble? Es muy inteligente, se parece a ti*». «*¿Me regalas un gato?*». «*Sí... es tan bello. Déjame mostrártelo. Ponle el nombre que quieras, yo le digo Ernest, pero está tan chiquito que no me responde aún. Míralo, es bello. Aquí en la caja está su almohada, sus tarjetas de vacunas y su certificado, es un persa. Mira sus ojos, son hermosos y grandotes... quítate los lentes para verte, son idénticos a los tuyos, se parecen ¿no?*».

Le parecía increíble: un gato. Nada más que un gato. La cosa que más odiaba en el mundo, luego de que ella, precisamente Aura, la mujer que le había

vuelto a hacer creer en el matrimonio y en el divorcio, le regalara un gato como si nada, como si esa no hubiese sido la inmensa razón por la que su paciencia se colmó y una mañana de domingo, luego de leer el diario, recoger los desastres sobre la alfombra, Ernesto detuvo el concierto de Bach, bajó las escaleras y llamó desde la casa de sus tías diciendo a Aura que todo había terminado, que iría por sus cosas o que ella tomara las suyas porque no volvería a compartir su asma junto a doce gatos, una espiral que inició con dos y que el múltiplo había llegado al colmo.

De ese modo Ernesto volvió al apartamento que conservaba para sí desde que sus padres murieron. Un sólo hueco habitaba el lugar, el espacio que había dejado el piano cuando decidió sacarlo y llevarlo al apartamento donde vivía con su segunda esposa, Aura, que había provocado la separación, estaba convencido, por los gatos.

Regresar al viejo apartamento de sus padres le hacía sentirse más joven. Pareciera como si los años no pasaran del todo, como si su madre pudiese cruzar en cualquier momento por el pasillo para preguntarle si quería galletas recién sacadas del horno; como si su padre pudiese estar sentado frente al piano y él aguardara turno para tocar y tocar, quizás un bolero, mientras sus padres bailan y serían y lo veían, como justificando el hecho de sólo haber tenido un hijo.

Al terminar con Aura, Ernesto se concentró en pensar más en sí y detenerse en sus pesadillas. Sus frecuentes pesadillas que recitaba día y noche a Aura. Mas que el amor, compartieron sus temores, sus infelicidades, sus conciertos, sus partituras, los recitales, sus ansiolíticos y sus somníferos, todo menos los gatos.

Ya no tendría a esa mujer paciente que le escuchaba, ni a su madre que le calmaba los temores que desarrolló desde su primer recital cuando tenía quince años. Sus pesadillas aparecieron en orden de sus prioridades vitales, en la primera aparecía en medio de su primer encuentro con el público en aquel recital de piano. Todos lo veían y él se colocaba frente al público, saludaba, se sentaba y al poner los dedos sobre el teclado olvidaba todo, se cruzaban recuerdos, palabras, temores y tenían que subir sus profesoras, pedir excusas porque «vaya!... el chico ha presentado algunos problemas, ¿ven?. Pero eso pasa. Para eso, precisamente, son esta clase de eventos».

En su juventud, el sólo pensar eso era la catástrofe de su vida. Luego se integró a su sistema de pesadillas recurrentes una en la que se descolgaban las cortinas del teatro y era ahogado por una inmensa marea roja, el rojo que se ve como una sangre que lo abrumba y lo corroe, lo desgasta, que le hiela los sentidos, lo deja perplejo de miedo, lo hace inútil.

A medida que su vida se hacía más exigente profesionalmente, sus pesadillas mutaron en otra que permanecía en todas las etapas de su vida. Ya no el piano, ni los escenarios. Ahora aparece aquella joven de la iglesia en la que toca el órgano el primer domingo de cada mes, en la misa en latín. La mira y ella se nota enamorada de él, mas nada sucede porque en el mismo momento de acercarse, ella da la vuelta y se notan sus enormes alas negras, con las que levanta vuelo en el interior de la iglesia. Hace un círculo en el aire, se suspende frente al altar y luego, cuando realiza una posición fetal en la que encoge sus alas y contrae la cabeza hacia su cuerpo, se enciende toda en llamas rojas y amarillas y una lluvia de cenizas desciende sobre el pasillo que da al Santísimo.

Al terminar de esta pesadilla se levanta siempre pasmado, como si el final no fuese final, como si la cara de aquel ángel, demonio o mujer, fuera la cara de la mujer que busca, que ha buscado siempre, desde su primera novia hasta las dos que lograron soportarlo como esposo.

Por eso el piano. Tocar mientras las pesadillas se hacen música, mientras el sueño se convierte en una pieza infinitesimal que no termine en susto, como para que las teclas se vayan tragando el espanto. Ahora estaría en la casa sólo frente al piano Carl Ficher que había vuelto a la sala del apartamento de

sus padres, que se había mudado de lugar lo mismo que él. Un piano hermoso que había heredado de su abuelo, un regalo que agradeció como pocos, un regalo que, a diferencia del de Aura, nunca querría salir de él.

Aceptó llevar consigo al gato porque así no pasaría por pesado. Lo dejaría una noche en su casa y lo regalaría a alguien del apartamento, algún niño de los que juegan en el paqueo del edificio, o a sus tías para que se entretengan. Acomodó un espacio en el área de lavadero, cerraría la puerta de la cocina y así lo mantendría alejado del resto de la casa, mientras pensaba la mejor opción para entregarlo.

Las primeras dos noches fueron extrañas y le parecieron que el gato, en la soledad del pasillo del lavadero y el cuarto del servicio había unido dos soledades distintas pero convergentes. De alguna manera sintió placer en cambiarle el agua, remover la arena y echarle comida en las mañanas antes de irse a dar sus clases al Conservatorio.

No le molestaba incluso, en aquellas noches en la que no quería dormir, que el gato pasara por sus piernas mientras escudriñaba las fotografías que guardaba en cajas de galletas, mientras pensaba en su apodo familiar de Cuqui, precisamente por las cookies que tanto le gustaban al «nene de mamá». Se imaginó la vida con un hijo, con uno solo como lo fue él. Ahora compartía su soledad con la soledad de

un gato. Así los días de la estancia circunstancial del felino se hicieron más largos.

El gato aprendió el escondite de las fotografías. Se levantaron dos pasiones: las de Ernesto por ver, atinar en los detalles de sus pesadillas recurrentes y la de su gato, por fin aquel era «su gato», un extraño sentido de propiedad vino de pronto sobre el animal de parte de Ernesto. Nuevamente la pesadilla del niño, delgado y con traje claro que se le olvidaba la partitura en su debut iba menguando y de pronto los detalles de aquella desazón se esparcieron como recuerdo, como vago recuerdo.

Otra noche cuando apareció en escena el jovenzuelo al que las cortinas ahogaban convertidas en un río cuadrado de sangre que lo embebía, lo ahogaba, lo desaparecía, las aguas menguaron, las cortinas subieron a su nivel y se sentía aún extrañado, pero seguro de que aquella frustración no sería su final.

Ernesto se despojaba de las pesadillas o mejor dicho ellas lo dejaban. Entonces el vacío: todas esas noches en vueltas y vueltas en los mismos movimientos, en las mismas acciones y en los mismos temores ahora se abrían a un escape, se fugaban, lo dejaban.

El gato, en medio de su soledad, adquirió la manía de Ernesto en las noches en que no podía dormir: ver fotografías de las cajas de galletas. El mini-

no, entre la bruma del espanto del retraimiento, inició la ceremonia, acaso el ejercicio más sublime de la ansiedad: comer fotografías.

La degustación de las imágenes inició con una de las sociales del periódico en la que aparece el niño Ernesto Rispointte notablemente nervioso con una nota al pie firmada por sus padres felicitándolo por su debut como pianista. Le siguió una fotografía a color, que el felino ignoró que en su momento fue un milagro de la tecnología. Allí Ricardo, en la función inaugural del Teatro Principal, elegantemente vestido, su traje negro contrasta con el rojo de las cortinas que le servían de marco casi perfecto para su imagen aun más delgada, acaso la lozanía de la juventud se mantenía intacta.

Lentamente, poco a poco, el gato de Aura devoró imagen tras imagen, como si ingiriera recuerdos, como si sus colmillos y su boca pequeña se tragara decenas incontables de noches de sobresaltos y de contar y contar las mismas historias a mismas gentes.

El gato engullendo pasado y la memoria de Ernesto inaugurando una plaza: el afecto hacia los animales, mientras el animal devoraba sus recuerdos como una máquina de hacer volar la memoria.

Ernesto se había prometido mil veces organizar las imágenes en álbumes para que se conservaran mejor. Así que no perdió la costumbre de mirar sus fotos sin darse cuenta de que el animal se comía

algunas de ellas. Ajeno a la extraña dieta del gato, dejó a su alcance un ridículo acróstico que guardaba en el revés de una vieja partitura. Se recordó como el niño romántico del colegio.

Las noches, la vastedad de su negrura, los sueños y el recuerdo casi perfecto de aquellos años. Ernesto ha vuelto a soñar que la joven lo espera al final de la misa. Desciende por las escaleras desde el segundo nivel donde está el órgano. Las misas en latín, el primer domingo de cada mes, no son concurridas, por eso cada feligrés puede verse, memorizarse si se quiere, como ambos lo han hecho desde tantos sueños atrás. Se han encontrado frente a frente. Ella gira. Esta vez no inicia el vuelo. No es la misma pesadilla de siempre. Algo extraño sucede. Camina hacia las afueras de la iglesia. Esta vez no tiene alas. Atónito, se queda como clavado en el piso. La imagen que ha visto hace un instante camina despacio hacia las afueras de la iglesia. Esta vez no es un ángel, esta vez es un gato. Ernesto despierta. Recuerda al gato que Aura le regaló, recuerda que ha querido deshacerse de él. Pero no puede, ya es demasiado tarde.

Tercera mención de honor
Que viva el toro


Máximo Mendoza

Encontrábame plácidamente sentado en un banco de la Feria Ganadera en espera de presenciar el espectáculo en que un famoso torero, un tal Cordobés, se mediría a un hermoso ejemplar taurino, al decir de mis vecinos de asientos. Muy cotizado el sujeto, decían que tenía su historia de éxitos. Yo sólo escuchaba, pues de tauromaquia se lo mismo que un bebé.

El público bullía estruendoso; gran algarabía cundía el espacio. Los comentarios fluían sobre las cualidades del torero y respecto a la fiereza del toro, los definían como dos dignos «gladiadores».

Después de larga espera, de un portón salió un extraño señor, vestido de rojo carmesí, pantalón y camisa, con hilera de botones amarillos desde el cinto hasta el cuello y un disimulado corbatín; destellaba brillantemente su disfraz, o «traje de luces», como frotado de lentejuelas. Portaba también boina y zapatillas negras, y un hermoso chaleco con hombreras. Además, medias rosadas hasta debajo de las rodillas

Llevaba el torero en una mano un paño, creo que le llaman capote, de igual color que el vestuario, y

en la otra una especie de espada, o estoque, que es como le llaman. Salió y fue tímidamente aplaudido, mientras recorría el círculo del escenario. La concurrencia seguía envuelta en su murmullo, sin prestar mucha atención al individuo, salvo exiguos vítores.

De repente emergió al redondel un precioso y fornido buey, con enormes cuernos, pelo brillante, y empezó a circundar el perímetro. El público se levantó al unísono de sus asientos en una ensordecedora ovación, como muestra de satisfacción por el inicio del acto, entendí.

El toro lucía majestuoso, como impecable el torero, dignos contrincantes. Se miraron. El toro resopló ante el amago del torero y cuales luchadores olímpicos se estudiaron.

Comenzó de súbito la contienda. El torero abanicó provocante su lienzo y el toro se abalanzó en su contra, errando la embestida. Entre tanto, la bulla no paraba, parecía ser más fuerte cada vez; no hubo espacio alguno al silencio.

Nueva vez el torero agitó su capa y adoptó pose de verónica, elegante lance que el toro no resistió, se arrojó impaciente hacia el rival, quien evadió magistralmente el ataque y, con una estocada en el lomo, tambaleó al animal y ante la distracción de éste alardeó y reverenció a la concurrencia, escuchándose esporádicos aplausos. Ambos contrincantes en extremos diametral bordearon el redondel, gi-

rando en igual sentido, cual manecillas de reloj. El público vociferaba.

Lance tras lance el torero se lucía, recibiendo mermado el premio del aplauso público. Asimismo, la ovación cundía ante las acometidas del toro.

Una vez más el torero burló al animal, con una perfecta verónica seguida de una estocada que le arrodilló, mas el público pareció no percibirlo. Escasos aplausos tronaron, para mi confusión, pues fue su mejor ejecución hasta el momento. Los presentes no lo vieron, pensé, pues sólo eso justificaba la frialdad del público ante el hecho. No obstante, el torero le reverenció mientras el toro se reponía.

El animal hervía de rabia, deseaba arrollar al rival y con tal ímpetu se arrojaba que parecía lograría su objetivo.

La contienda siguió. En una loca carrera el toro se abalanzó decidido a vencer. Sorprendió al torero por un flanco cuando éste ondeaba su muleta, una acometida casi fulminante. El torero cayó a la arena adolorido y sangrante, mientras el animal, en soberbia actitud cual orgulloso humano, giró en el campo, erguido y ostentoso. El público se levantó de su asiento y aplaudió delirante en una interminable ovación, mientras el abatido torero era socorrido y sacado del campo.

En mi asombro no alcanzaba a entender la ocurrencia, y extrañado exclamé: ¿Y qué fue? ¡Yo no en-

tiendo! ¿Qué pasó? ¿Por qué al toro la ovación y no al torero en su ocasión? Y un vecino de asiento respondió muy emocionado: «¡Oooh! ¿Y tú no sabe manganzón? El torero e extranjero, el toro e dominicano». Y en seguida vociferó a todo pulmón: «¡Que viva el toro! ¡Que viva el toro!»

Yo, ante tal explicación, en el momento dudé sobre si me encontraba en una velada cultural o ante una gesta nacionalista; no supe si rezar por el torero en humana solidaridad o aplaudir al toro, dada nuestra «connacionalidad». Mas, por lo abusado que ha sido toda su vida el infeliz animal, también me inclino a gritar: ¡Que viva el toro, que viva el toro!

Cuarta mención de honor

Hoy


Rafael Cintrón

Nace el 3 de octubre de 1969 en Santo Domingo R. D., hijo de Altagracia Díaz, doctora en Farmacia, y Miguel Cintrón, contraalmirante de la Marina de Guerra,

Cursa sus estudios primarios y secundarios en el Colegio Calasanz ente 1975 y 1987, graduándose como bachiller en Ciencias y Letras. Ingres a la Universidad Católica Madre y Maestra en el 1987, recibiendo el título de Ingeniero de Sistemas y Computación en el 1992.

En el 1994 ingresa como empleado del Banco Central de la República Dominicana, donde labora hasta la fecha.

En el 1997 inicia sus estudios de Maestría en Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, recibiendo el título de Magister en el 1999.

Se desempeña actualmente como Coordinador Técnico en el área de Aseguramiento de la Calidad, en el Departamento de Sistemas y Tecnología, Banco Central de la República Dominicana. Su esposa es la Sra. Celeste Vásquez, y sus hijos Isabel y Miguel Cintrón.

Ramón abrió los ojos. Con el cerebro aún atontado, se desperezó estirando brazos y piernas hasta donde sus tendones y músculos le permitieron. Era de madrugada y casi amanecía. Sintió un malestar que reconoció: hambre. Era una molestia a la que estaba acostumbrado, formaba parte de su vida. Era como si hubiera nacido con ella, y ese día lo acompañaba, como lo había hecho innumerables veces antes.

Se levantó de mala manera. Aún estaba cansado de la faena del día anterior. Cuando se trabaja tanto como Ramón lo hace, seis horas de reposo no son suficientes. Mientras se abotonaba la camisa pensaba que debía conseguir otra que le ajustara mejor, pues ésta le quedaba demasiado grande y no lo protegía de la brisa tan bien como él hubiera querido. Buscó sus zapatos, y recordó que los había tirado a la basura. Ningún par de zapatos dura para siempre, aunque estos casi rompen el record.

Habían pasado diez minutos desde que se levantó, y estaba casi listo para iniciar otro día de penurias. Su cerebro ya estaba en total funcionamiento y

su estómago aún le enviaba mensajes inconfundibles de que hacía un buen tiempo que no digería nada. Satisfacer el hambre era su más perentoria necesidad.

Esa hambre añeja, aquella sensación de vacío intestinal que nunca se iba, como un huésped no deseado que ha sobrepasado los límites de nuestra generosidad, o como la cicatriz que tenemos en la rodilla, y que tendremos hasta el último día de nuestras vidas. Así era el hambre de Ramón: perenne.

Hacía frío, pero esto no le preocupaba tanto. El frío se quita caminando, y además el sol estaba por salir. Lo que realmente le molestaba era el hambre, y ésta sólo se quita comiendo, y para comer hay que tener dinero.

Afortunadamente el dinero se puede conseguir de distintas maneras: pidiendo, trabajando o robando. «No, robar no, la última vez casi me atrapan» razonó Ramón. «Pedir en las calles es cada vez más difícil, la generosidad es una virtud en decadencia; bueno, sólo me queda trabajar».

«Ojalá no llueva hoy», pensó. «El agua me puede dañar el picoteo limpiando parabrisas».

En la pequeña vivienda de madera y zinc no había mucho que comer. A veces había, a veces no. Aquel era uno de esos días en que el desayuno consistía en un vaso lleno hasta el tope de agua de lluvia, y una almendra de las que recoge en el barrio.

«Peor es nada», dijo para sí, mientras ingería lentamente el frugal alimento.

Su vida era un remolino de carestías que nunca parecía amainar. Daba vueltas y vueltas, y al final todo era igual. La misma incertidumbre día tras día. «Hoy, ¿qué voy a hacer para poder comer? ¿Y mi gente? ¿Cómo van a comer ellos? ¿Y mañana? No. Mejor no pienso en mañana. Si pienso en mañana me puedo desviar de la meta de comer hoy».

La existencia de Ramón está anclada en el hoy. Sólo hoy importa. Mañana se encuentra a una precaria comida de distancia, dos con suerte. Nada existe, solamente el presente y la imperante urgencia del ahora, del ya. No puede pensar en mañana porque los problemas de hoy le son inmediatos y debe resolverlos si quiere sobrevivir. El largo plazo, mañana, puede esperar.

Sus pensamientos se enfocaban en un punto, en la necesidad de sobrevivir y de poder traer a la casa algunas monedas para que su familia pudiera hacer lo mismo. La vida no es fácil para Ramón. Mientras se preparaba para iniciar la dura batalla diaria por la supervivencia, soñaba en cómo sería la vida si sus circunstancias fueran otras. Quizás no tuviera que trabajar todos los días, tal vez pudiera comer tres veces al día. Soñar no cuesta nada, pero la realidad es cara para alguien como él, huérfano de fortuna, hijo de la necesidad.

Ya era hora de irse a buscar el sustento diario que tanto lo eludía. El sol brillaba y un nuevo día se erguía delante de él, una aventura más que debía sortear. ¿Sería éste un buen día para Ramón? Probablemente no, las probabilidades estaban en su contra, pero eso no le impedía probar su suerte. De eso se trataba su vida, de probarse diariamente que hoy no sería su última jornada, de intentar, de luchar por ver otro amanecer. Tal vez la vida sea dura, pero vale la pena vivirla, o por lo menos eso pensaba.

Salió a la calle, cabizbajo, cargado por el peso de miles de días mal vividos. Sus huesos se adivinaban debajo de la piel, sus pensamientos se concentraban en un único punto: «Tengo que llevar algo de dinero a la casa. Hoy cumplo siete años, y mamá me prometió un regalo si llevo dinero». En su rostro se dibujó una sonrisa... por un segundo.

Quinta mención de honor

Sísifa



Ellen Pérez Ducy

Obtuvo la licenciatura en Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en 1989. Laboró en el Banco Central (1986-1988) en la División de Administración de Reservas Internacionales del Departamento de Deuda Externa, experiencia que la motivó a cursar la maestría en Finanzas Internacionales en la Universidad de Urbana-Champaign, Illinois, Estados Unidos. Obtiene el grado en 1992.

Ha desempeñado funciones como economista en la oficina de asesoría económica del Senado de la República y ADOEXPO, gerente de Esquiz Dominicana, consultora de negocios independiente y profesora de Finanzas e Inversión en la PUCMM e INTEC. Fue directora del Centro de Investigación Económica CENANTILLAS/PUCMM, donde laboró de 1977 a 1999. En el período 2001-2002 llevó a cabo varias consultorías para la realización de estudios de la UNCTAD y la OIT en Ginebra, Suiza.

Actualmente se desempeña como Consultor Económico del Departamento de Programación Monetaria e Investigación Económica del Banco Central.

Caminaba arrastrando una gran caja de cartón. Un cajón grande, de su altura o más, no exactamente cuadrado. La caja se veía compuesta de muchos cartones recubriéndose entre sí y amarrados con sogas elaboradas de fundas negras de basura. Pocas cosas resisten mejor al tiempo que la basura, y los cordones de fundas de basura son particularmente efectivos contra la lluvia, el olvido y el cartón. Además, así rodaba más fácilmente que con soga de yute. Esto explicaba en algo su deformidad. Sísifa andaba por las calles con su caja como un perro obediente. Su caja fiel subía contenes, zaqueaba irregularidades en las estrechas e infrecuentes aceras de la ciudad de Santo Domingo y guardaba su lugar cuando ella se dormía en algún concreto apetecible al cansancio, el hambre o la indigestión.

El sol y múltiples patadas habían dejado sus huellas en la caja de Sísifa. Esta contenía capas y coberturas varias diseñadas para contener los dejos de sucesivos estratos de su otrora vida en los barrios de mayor comodidad. Si un rayo dólares, digo, un rayo X de las famosas aduanas del aeropuerto pudiera

haber atravesado esta caja (que nunca habría cabido en el túnel negro que se le superpone a estos aparatos) habría encontrado una variedad de artefactos viejos apilados, aparte de las que se hubieran desparramado al romperse las esquinas, pero, eso es lo que vería un rayo X y un inspector de Aduanas. Lo que veía Sísifa era muy, muy diferente.

Convencida de lo crítico de su encomienda, ella preservaba en aquel cajón todo cuando quedaba de su vida anterior, tesoros del tiempo, alimentos para el espíritu con los ojos puestos detrás y el pelo delante, nostalgias de su yo previo. Un yo del que sólo quedaba una exhalación. Desde baticas de bebé y juguetes evocativos de algún momento del crecimiento y del ejercicio de madre feliz: cucharas de plata y de plástico amarilladas, vasijas impresas con muñecos y logotipos, fotos, notas escolares, récords médicos, análisis de laboratorio, peinetas, collares, anillos improvisados con materiales como vidrios y gomitas, obras de arte en cartulina, hasta ropa interior en colores vivos, toallas bordadas con encaje blanco y maquetas de la Cordillera Central, algunos platones con los bordes *quillados*, teteras de porcelana –o sus piezas–, sus CD preferidos, un aparato de filmicas grande para estos tiempos, medicinas por si acaso (como si pudiera abrir el cajón y encontrarlos), telas para coser y piezas de vestir favoritas, una placa de reconocimiento de alguien des-

conocido (pues también recogía cosas que le parecían importantes aún no fueran de ella), de todo esto era Sísifa la consignataria y emperatriz.

En su afán, ella era la memoria andante de una realidad disuelta, incompletamente. Su pasado era como los grumos que hace la maicena cuando el agua aún está muy tibia, por más que se bate, no se convierte en el líquido uniforme que da esa untuosidad deleitosa y suave sobre la lengua, declinando el color de lo que invade. Sísifa batía su vida con energía incesante, pero no lograba compaginar estas etapas tan diferentes en algo digerible. Día tras día, el pasado perforaba incómodamente el evidente pero confuso presente. Así, arrastraba el cajón hacia lugares cada vez más bajos buscando sombra, buscando variedad, buscando comida, buscando la compañía de la soledad, o alguien con quien conversar. Frente al parque era bien.

Frente al parque era bien porque era llano, era sombreado. Los carros pasaban rápidos pero nunca le pegaban más que un brisón como galleta y algún impropio a la vela. A estos estaba acostumbrada. Los dejaba resbalar, pero permanecían derretidos sobre su ropa, como salpicones del que come con apuro y descuido. Salpicada, derretida, arrugada. Con los ojos heridos por el sol permanente y las pestañas poco espesas, Sísifa llevaba su caja a pasear frente al parque donde de niña venía a montar

sus patines nuevos. Eran patines plateados, de metal, que se superponían a los zapatos. Bajo sus cejas encanecidas repetían los proyectores la película de aquel día en que su hermano se le escondió tras un muro y la sorprendió con un salto al corazón.

Cambiando de canales, saborea el único almuerzo que hizo con los muchachos en la grama –algo incomoda– pero que disfrutaron mucho, porque querían estrenar el kit de picnic de plástico verde que les había reglado su mamá dos años antes. Caminando avista un *esquimalito* en el suelo y sospechando un resto posible, lo recoge y saborea lo que queda de frambuesa con tierra. Un perro tripartito, o de tres patas, decide serle leal. En la desgracia, se acerba la compasión entre los no favorecidos en la carrera de la vida. Sísifa pudo apreciar el valor de este gesto, aún no fuese del todo desinteresado, el perro sospechaba que en algún momento habría de comer y que le tocaría algo. Continuaron su lento avanzar por el borde del muro de piedras calizas.

Debido a la insistencia del perro, y dado el llamado de unas flores de mango en el suelo que prometían la posibilidad de alguna fruta caída, Sísifa se adentró en el camino sinuoso del parque, más tranquilo y pavimentado para bicicletas y los atletas contertulios de la mañana. Sin embargo, el cajón resbalaba mejor sobre la tierra rojiza, así que se apartó de la cinta de asfalto, dejándoselo a algún caminante

sin horario de trabajo. Poco a poco la dueña y su caja de tesoros se acercaron al final del parque, que es su comienzo, donde desciende lentamente hacia una calle desde la cual se avista el mar, más abajo.

La mar, si se vive en el Caribe, llama. Llama fuerte. Hay una parte del corazón de todo caribeño que es parte tiburón, un poco cangrejo, un porcentaje caracol. A aquellos de sangre muy salada, el Caribe los hala, y Sísifa no pudo evitar la tentación de visitar el Malecón por primera vez en mucho tiempo. Recordó sus días en Boca Chica, cuando jugaba hasta quemarse tanto del sol que lo lamentaba durante dos semanas.

El perro la miró, preguntándose si la idea era tan buena como parecía. Él era un perro tripatas todo terreno, pero sólo terreno, nada de salitre, que ahí fue que resbaló el motoconcho que lo operó y dejó a su conductor tirado sobre el negro pavimento aullando como un animal atropellado en la noche mientras la víctima inocente se adentraba entre rocas y cocotales que terminaron curándole la herida con sus cojines de hojas y fibras secas.

La reticencia del cojo fue su advertencia. Pero Sísifa ya tenía la vista azulada. Emprendió el empinado camino con la caja detrás y una sonrisa naciente, dejando ver los huecos de dientes idos a destiempo por conflictos perdidos con alguna semilla. Muy rápido la caja comenzó a alcanzarla, como si

fuera una competencia. Sísifa estimó que podría hacerle contrapeso hasta la platea al fondo donde iba el cruce. Pero el peso de los recuerdos es muy fuerte, tan fuerte, que aniquila la voluntad del presente.

Bajo el puente seco, Sísifa trato de evitar que la caja virara a la izquierda. Apoyándola contra el muro, se desgarró una uña del pie. La caja se desvió hacia el centro de la calle interrumpiendo el tráfico de donde ya brotaban los primeros bocinazos del episodio. Logró enderezarse, primero ella y luego el cajón, pero algo le presionaba los riñones, sede de la purificación. El dolor le subía por los huesos y creía que se le iba a partir una clavícula –irregularmente, como se parten los fósforos, dejando astillas de diferentes largos sobresalir. Para evitarlo difuminó 20 años hacia el codo derecho. Esta estrategia duró apenas unos minutos. Consideró devolverse, pero como siempre, era muy tarde. Por más que quisiera, Sísifa se deslizaba cuesta abajo, la caja de cartón con sus sogas de fundas de basura detrás, exprimiéndole el halito a través de la pared de papel comprimido. El perro ladraba insistentemente, le ladraba a la caja, con miedo y distancia. Ya no iba acompañándola, sino supervisando el ataque de la caja a su dueña. Con esfuerzo, ella se imponía, pero a cada detenimiento, alguna llaga se le abría en las piernas, corría una plasma pegajosa y perdía pulgadas con más celeridad, encogiéndosele los dedos.

Todos sus esfuerzos de cuidado de este contenido durante tanto tiempo comenzaron a aflorarle en los ojos. «Imposible», pensó, «esto no puede sucederme». Impasible, la cuesta no parecía conmovirse, mas bien, los transeúntes sugerían que se moviera ella del medio. En vista de lo inevitable, optó por manejar el deslizamiento, si lograba llegar con poca velocidad al menos podría pararse antes de llegar a las rocas para no atravesar la vía como una gallina histérica y descerebrada. Pero el asfalto rugoso le fue arrancando las chancletas de goma y luego las plantas de los pies, capa por capa, mas al frente que al centro, hasta que no los sentía. Las manos le ardían de rojo incandescente, si sólo un carro se le atravesase. Antes, en la vida de antes, antes, alguien se te atravesaba para evitar los deslizamientos imposibles. ¿Por qué ya nadie la ayudaba? Y esta cuesta, ¿quién la puso allí? ¿Tantas guerras había librado contra el tiempo y los temporales, y ahora una cuesta camino al mar iba a vencerle?

Poco a poco la caja también fue cediendo a la fricción, soltando capas de su piso de cartón. Empujaba a Sísifa, quien la empujaba a ella, pero en su enfrentamiento mutuo ambas cedían la forma. A la caja se le rajó una esquina y salió un bobo rosado. Sísifa lo atrapó con un ojo, pero tuvo que dejarlo ir, o se le caería el resto. Sonó una costilla, y la caja gimió de risa enfermiza. Se rompió una cuerda, y la caja se hizo más pesada. Tratando de gritar, Sísifa

fue partiendo sus cuerdas vocales hasta perder la voz en el momento en que se preguntaba para qué quisiera conservar este cajón. Ya no recordaba el propósito, pero no eran momentos para pensar, había que salvarlo, este tesoro de tanto tiempo, tan irremplazable, tan suyo.

Se acercaba aceleradamente al Malecón, donde los pobres tienen derecho a montar tubo los jueves, y nosotros no. Un pescador con la línea de nylon entre las piernas parecía observar la situación, cuando una suave ola le dio media vuelta. Pescó de espaldas, desconsiderando el espectáculo a punto de desarrollarse. Tres pelícanos marrones dieron vueltas suaves, lanzándose repentinamente uno tras otro al agua, donde permanecían flotantes, habiendo engullido sus presas de un solo trago.

Sísifa cruzó la primera vía a velocidad acelerada, siendo evitada por una patana vacía que la esquivó a costa de dos palmeras jóvenes que quedaron inclinadas contra el mar –ya el viento las arreglará, pensó. Hablando de vientos, sintió un empujón, y con una pirueta, el cajón se le vino encima y rebotaron juntas sobre el islote de grama, golpeando el contén, cayendo en piezas y pedazos y lamentos sobre los banquitos de concreto y las rocas marrones con dientes de serrucho oxidado y ojos mojados de lagarto que guardan la puerta del mar Caribe excepto allí donde hay unos senos de arena.

Un lazo azul satinado atado a una pequeña camisa de lino cayó al agua y se mojó poco a poco. Sísifa arrastró lo que quedaba de sí hasta el borde raspándose la carne abierta de las pantorrillas y las manos y se lanzó violentamente al agua a salvarla. La espuma turbulenta de la costa la engulló con avidez, como una mar con hambre de hombres. Tras algunos segundos, volaron hojas de papel, sonrisas en foto, uvas de playa maduras. El golpe de viento hizo rodar cucharas de plata y tenedores de plástico rosado, algunos hacia la calle, algunos hacia el precipicio de la perdición.

Otra ola giró al pescador hacia la escena, pero sólo alcanzó a observar una mancha oscura y aceitosa derivar hacia el oeste. Sobre la avenida, algunos cartones revoloteaban soltando colores. Su tranquilidad fue entorpecida por un dolor en el riñón que le haló más fuertemente que la línea de pesca. Lo olvidó al ver que era un pez cotorra, verde y amarillo, tierno a la brasa.

Enseñando su diente de oro al sol de la tarde, zafó al pez del anzuelo con un movimiento experto de su cuchilla y lo lanzó a un galón plástico sin boca. El pez aleteaba buscando aire en el aire. La mancha se detuvo. Una nube besó el horizonte y el tubo herido inició su silbido de sueño en despacio silencio. Cojeando, el perro se devolvió cuesta arriba.

Sexta mención de honor
Anorexius tremis


Patricia Landolfi

Nací en el seno de una familia bendita. Bendita porque ha sido unida pese a los embates de la vida misma. En un refrescante enero, llegué a los brazos amorosos y protectores de mis progenitores. Tuve una infancia llena de sueños, ilusiones y golosinas. Me enfrasqué en diversión, imaginación e inocencia los primeros años de mi existencia.

En mi adolescencia, viajé por causa del destino a una tierra lejana, como en los cuentos de hadas. Soñé hasta cuando la edad me permitió soñar, hasta cuando la vida me enseñó que no basta soñar, que hay también que luchar por los sueños que ocupan nuestros desvelos.

Estudí una profesión de ensueño, me hice Lic. en Comunicación Publicitaria en la Universidad Iberoamericana, pese a que, por cosas de la vida, mi primer trabajo fue en el Banco Central de la República Dominicana, cuando apenas un tiempito atrás me habían entregado el permiso para votar. Seguí con empeño los consejos de mi padre que me decía astutamente, si trabajas, trabaja en una institución respetada, con alto grado de respeto en la sociedad. Fue así, que dirigida por mi progenitor, apliqué una solicitud de empleo en esa institución. En el Banco me he desarrollado como profesional. Ha sido un proceso de crecimiento semejante al desarrollo de crecimiento humano.

Fui párvula aquí, entrando como secretaria en le Departamento de Secretaría del Banco. El ritmo de mi vida siguió fluyendo. Hice las cosas típicas de una joven. Llegaron las campanas del altar a mi vida. De esa unión nació, la razón de mi existencia, mi hija Carolina. Seguí luego a posiciones de técnico III en la División de Correspondencia, cuando allí, luego de iniciar mi Maestría en Diplomacia y Relaciones Internacionales, me nombraron, Asistente Técnico encargada de la División de Protocolo. Consciente de la importancia del estudio y la dedicación, concreté los estudios superiores con altas calificaciones, llegando a ostentar la máxima puntuación, mereciendo un consabido Summa Cum Laude. Pasé luego a ser Jefe de División de Relaciones Publicas y Protocolo, ya en el Departamento de Comunicaciones.

He trabajado con empeño, he ido escalando posiciones. Actualmente me desempeño como Coordinadora Técnica de ese Departamento. Tengo casi 18 años de servicio en la institución, y me siento totalmente bancentraliana. Amo al Banco y le serviré, hasta cuando el Todopoderoso lo disponga, considerando mi trabajo como mi estandarte de fidelidad hacia mi patria, República Dominicana.

Cerró los ojos después de los santos óleos. Cansado de esperar la muerte había decidido tirar la toalla. Siete meses habían pasado desde el día aquel que se había desplomado en el parqueo de su edificio. Solo recordaba las voces a su alrededor gritando: —¡Está muerto, no se mueve!, llamen a una ambulancia! ¡Ya sabía yo que le pasaba algo a este!, y así sucesivamente escuchaba los enunciados fatídicos de los que estaban tratando de ayudarlo.

Días atrás se había encontrado con alguien que le había comentado cuán delgado estaba. Le había preguntado consternado si le sucedía algún problema grave, debido a lo demacrado y gris de su apariencia. Él pensaba que eran cosas del amigo, pues no había perdido muchas libras. Inclusive había tratado por todos los medios de rebajar más, pues se encontraba obeso. Las tendencias de moda apuntaban hacia la delgadez y él parecía que engordaba con el aire que respiraba.

Había pensado incluso en controlar la respiración para que el aire no le fuera suficiente para engordar. No comía nada entre horas, y limitaba su

dieta a lechuga y pollo hervido. Sólo una lasca, muy magra era suficiente con el fin de no engordar. De esta dejaba la mitad. Pero aun así, cada día engordaba más. Pensó para sus adentros: «Esto es un complot. El espejo me tiene una trampa y no puedo dejarme atrapar. Me engaña. Claro que no he rebajado ni una onza. No puedo dejarme llevar por ese espejismo atroz. Voy a comprar uno mejor, uno que me señale dónde está la grasa. La perversa grasa que me tiene prisionero de mi cuerpo. Eliminaré la carne, solo me alimentaré de té verde y lechuga, así perderé las libras que me atormentan.»

Fue a la tienda de espejos y pidió que lo atendiese un vendedor eficiente. No quería engaños. Al fin y al cabo, necesitaba urgentemente un buen espejo que le señalase sus puntos débiles.

—¡Buenos días!, necesito que me vendan un buen espejo —dijo él.

—Claro caballero, tenemos unos de cuerpo entero que le podrían servir. ¿Es para el baño? ¿O para la sala? ¿Lo necesita con marco de madera, o lo prefiere biselado? —entusiasmado le atendió el vendedor.

—Oiga bien, lo necesito veraz. No un espejo hipócrita, que me trate simulando medias verdades. Uno que me diga todos los días a la cara lo gordo que estoy, ¿le quedó claro? —le dijo enfáticamente.

—¡Pero, señor usted, gordo? —replicó el vendedor atónito.

—¿Ah bueno, es un complot? ¿Me va ayudar o necesito llamar al gerente de la tienda? –le dijo con un gesto desafiante.

—No, señor, le voy a mostrar todos los espejos y lo ayudaré en todo lo que me pida, estamos aquí para servirle –le comunicó el vendedor.

Buscó todos los espejos que se podía imaginar. A todos los veía como hipócritas. No entendía por qué no le transmitían la realidad. Hasta que al fin el vendedor astutamente le dijo:

—Mire, caballero, tengo uno que es perfecto para usted. Refleja la imagen verdadera de su cuerpo.

—Bueno amigo, entonces por qué hemos perdido tanto tiempo, tráigalo de una vez –le dijo con una plácida sonrisa triunfante.

Enseguida le trajeron el espejo perfecto. Era solo un marco de madera. No había espejo en este. Le pareció genial. Tanto que pagó de contado y además le dejó una tremenda propina al vendedor. Salió sonriente. Había encontrado un espejo que lo ayudaría a llegar al peso ideal.

Corría el tiempo y comía menos. Había llegado a la conclusión que ningún método era infalible para perder esas «toneladas» que pesaba y le pasaban muchas ideas por la cabeza. Había escuchado de operaciones para dejar de comer, y logro concertar una cita con un cirujano estético. Estaba dispuesto a todo. Incluso a salir de ese consultorio con la fecha de la operación.

—Buenas, señorita, tengo una cita para hoy –anunció entrando al consultorio.

—¿Su nombre?

—Álvarez, Diego, para servirle.

—Señor Álvarez, ¿y cuál es el motivo de su consulta? –le pregunto la secretaria mientras llenaba la ficha médica.

—Bueno, quisiera que el doctor me chequee con el fin de operarme y hacerme este procedimiento nuevo para cerrarme el estomago, no sé bien cómo se llama.

—¿Pero para usted? –le comentó burlonamente la secretaria.

—Si señorita, claro que para mí –le replicó un poco molesto.

—Pero, señor, ¿usted no se ha visto recientemente en un espejo?

—¡Ja! ¿Ahora se burla de mi verdad?

—No señor, usted no califica para este ni para ningún procedimiento, usted, debería ir donde un endocrinólogo y buscar engordar unas libras –añadió estupefacta la incrédula secretaria.

—¿Acaso tengo cara de idiota? ¿Me quiere insultar? ¿Qué clase de secretaria tiene este doctor?, y esto que vine porque es lo mejor que hay en el país en estos procesos. Pero esto es una barbaridad. Ni quiero ya consultarme con él. Muchas gracias. Con doctores así, no es posible que progrese la estética.

¡Hasta nunca!, y de un portazo cerró la puerta del consultorio.

Salió cabizbajo, sin ningún tipo de esperanza, tratando de ocultar bajo su chaqueta la horripilante masa de grasa que le salía sobre el pantalón. No se dio por vencido. Había visto tantos programas de televisión explicando cómo rebajar, anunciando equipos de hacer ejercicios, planes dietéticos, pastillas, gimnasios, masajes, saunas, y todos los procesos más disímiles para tratar de perder esas libras que estaban por convertirse en «toneladas» de grasa que no sólo lo arropaban físicamente sino que emocionalmente lo tenían desecho.

Ya había perdido todas sus relaciones. Nadie era sincero con él. Se esforzaba para que la gente comprendiese su problema, y lo que hacían era buscarle comida para verlo peor. Era horrible como sus amigos, sus vecinos, sus familiares habían hecho una guerra sin cuartel con el fin de matarlo. Claro, sólo la muerte le esperaría si dejaba que esa grasa abominable se apoderara de su cuerpo inocente. Lo último que habían hecho sus familiares era raptarlo para llevarlo a un hospital y alimentarlo de manera intravenosa. Pero lo que no sabían ellos, es que él había aceptado gustoso con la única finalidad de enredarlos y engañarlos. Al momento que lo dejaron instalado, con un suero transmitiéndole vía intravenosa un líquido viscoso a base de nausea-

bundas vitaminas y dieron la media vuelta, preparó su escape. Nadie iba a hacerle tanto daño. Resuelto, esperó que las enfermeras de turno estuvieran dando la ronda habitual, y colocándose la ropa que le habían quitado salió sigilosamente de ese horrendo hospital para desaparecer de su familia. Iría a otra ciudad, no lo contactarían más. Eran todos sus enemigos. ¿Cómo era posible que ellos quisieran tanto mal para él?

Comenzó a tener alucinaciones. Veía como la gordura reflejada en su barriga se reía a carcajadas en el espejo aquel que había comprado. Le decía:

—¡Es inútil, te venceré! Y como un eco lo repetía miles de veces. Ya no tenía fuerzas para salir. Se había refugiado en sí mismo y en su sufrimiento. Apenas tragaba y con sorbos de agua bebía las pastillas milagrosas para rebajar. Chinas, japonesas, brasileñas, todas juntas las tomaba a fin de que ese ejército pudiese contrarrestar ese monstruo que lo atormentaba sin más ni más.

Aquella noche no había podido conciliar el sueño. La agonía se confundía en un malestar espiritual. Pensaba: «he agotado todas mis fuerzas, y sigo más y más gordo. No puedo dejarme ganar».

Al amanecer, recibió una llamada telefónica.

—Buenos días, ¿la casa del señor Diego Álvarez?

—Sí.

—Fíjese, le habla la secretaria del doctor Urraca, cirujano estético. Hace unos meses usted aplicó para una operación de clausura estomacal, ¿se acuerda?

—Sí.

—Pues hoy se abrió una vacante, ¿puede venir para hacer el proceso?

—Sí, voy para allá.

El éxtasis lo sobrecogió. Le había vencido a la gordura, ya no habría más burlas. Ya no más chantajes. Se levantó como pudo de la cama y se vistió rápidamente. En las escaleras sufrió un mareo profundo. No podía ser. Ahora no podía enfermarse. No en este momento. Recobró las fuerzas y siguió el camino, lo estaban esperando.

Salió al parqueo, de repente comenzó a perder la visión, luego se desplomó. Cayó en el suelo. Oía a todos, pero nadie escuchaba lo que él decía a gritos: Lléneme rápido, tengo que operarme, voy a vencer la gordura.

Séptima mención de honor
El mechón


Nércido Melanio Vargas

Nació a media mañana un 18 de diciembre de 1963, en la provincia de Sánchez Ramírez, precisamente en un pedacito de tierra de un verdor esplendoroso: «Bacumí», ubicado en medio de los ríos Camú y Yuna, donde se cultivan el arroz y el plátano.

Es el menor de una familia de cinco hermanos. Emigró a la capital a los once años, después del fallecimiento de su madre, Juana Vargas, en el 1976. En el año 1987 logra graduarse de licenciado en Comunicación Social en la Universidad Central del Este (UCE). Ha realizado cursos especializados en Tecnología de la Información en el ITLA. Ingresó al Banco Central en el 1981 y actualmente labora en el Departamento de Sistemas y Tecnología.

Héctor Zapata era un mercadólogo pertinaz y astuto, poseía una labia natural y un poder de convicción audaz que podía persuadir con pocos esfuerzos a cualquiera de los incrédulos. Esa elocuencia le había ayudado dos años antes a conseguir la promoción de subgerente de Ventas de la región Este en una compañía de productos farmacéuticos, más un sustancioso incentivo de comisión por ventas que le permitía disfrutar de cierta holgura económica, posición que era envidiada por dos o tres de sus compañeros de labores que codiciaban el puesto.

El bienestar económico del que gozaba Héctor no le había permitido casarse a sus treinta y dos años de edad, pero sí disfrutar de innumerables compañías femeninas. Esa galantería masculina lo mantenía por el momento distanciado del matrimonio.

Héctor era un hombre que siempre presumía del buen comer y del buen vestir. Lo primero lo heredó de su madre, quien era experta en las artes culinarias e inventaba deliciosas recetas de cocina; lo segundo, constituía un reflejo idéntico de las presunciones del padre, que tenía fama de *chulo* y de mujeriego, quien

en la juventud había gastado una fortuna en comprarse ropas finas para lucirle impecable y buen mozo a las mujeres, atributo que indujo a que María Antonieta de los Ángeles Pérez le soltara las riendas quince años más adelante.

Cierta vez, quizás por causa de su desorganizada vida de soltero, Héctor entró en disputas con su madre porque ella estaba en desacuerdo con aquellas cualidades de seductor heredadas del padre, a lo que hizo caso omiso. Un buen día recogió todas sus pertenencias y abandonó el hogar materno; desde entonces formó parcela aparte, se mudó y rentó un apartamento para soltero. Allí estaba en plena libertad y podía hacer y deshacer sin ningún tipo de injerencia familiar. Desde aquel día, Héctor llamaba a su madre por teléfono dos o tres veces a la semana y tampoco dejó de visitarla, frecuentaba el hogar materno los domingos en la mañana. Aprovechaba cada visita para almorzar con ella y platicar un poco. A media tarde, después de una siesta, ambos salían a la terraza de la casa y se sentaban en las viejas mecedoras de guano a pasar revista a los eventos de la semana recién terminada. Ya al oscurecer, Héctor le daba un abrazo de despedida y se marchaba a su apartamento. Luego veía un programa en la televisión y antes de irse a la cama, sacaba unos minutos para seleccionar y combinar la ropa que se pondría al día siguiente.

Contrario a los domingos, los viernes por la tarde, ya fuera del horario habitual de trabajo, Héctor los destinaba a *botar el golpe* junto a sus amigos. Se iban a un bar a tomar cervezas con amigas solteras, quienes desde que daban las cuatro treinta de la tarde, empezaban a cruzarse llamadas por los teléfonos móviles para preguntar en qué lugar iba ser el *bonche*.

Un miércoles por la tarde, en el ambiente laboral, Héctor preparaba la agenda de trabajo de la semana próxima, en ese momento estaba tan concentrado en la planificación de las actividades laborales que olvidó el horario de salida. Cuando miró el reloj, faltaba un cuarto para la seis de la tarde, en seguida empezó ágilmente a organizar todos los papeles y documentos. Guardó una parte en el escritorio; la otra restante la introdujo en su maletín.

Apenas transcurrieron las seis y dos minutos, Héctor salía de la oficina con maletín en mano. Entró al lavabo más vecino para acicalarse un poco, luego se ubicó frente al espejo, quedó con la mirada fija en la cabeza, notó que en medio de su oscura cabellera, casi en la parte posterior, le había nacido un pequeñísimo mechón blanco. Luego abandonó del lavabo y se apresuró camino al apartamento.

Cuando llegó al apartamento se despojó de la vestimenta de trabajo y agarró el periódico vespertino para echarle un vistazo a las noticias. Se percató de

que no se concentraba en la lectura y resolvió arrojarlo al cesto de las revistas; prefirió ducharse. Se enjabonó todo el cuerpo y lavó bien la cabeza con *shampoo*. Salió de la ducha y se detuvo frente al pequeño espejo del botiquín, arqueó un poco el cuerpo buscando el mejor ángulo que reflejara su rostro y asentó la vista en los cabellos limpios y sedosos. Con la toalla ceñida en el cuerpo, caminó hacia la habitación, allí el espejo era más grande y podía inspeccionar los cabellos con mejores detalles. Apartó parte del cabello hacia ambos lados, formando una hilera, y se detuvo precisamente donde estaba el mechón blanco que contrastaba con su negra cabellera. Agarró el peine y lo deslizó con lentitud, entonces haló un pequeño montículo de cabello y ratificó que realmente eran hebras de canas. Por un momento contempló el peine en la mano mientras se sentaba en la esquina de la cama. Quedó pensativo. Cambió el aspecto de su rostro en fracciones de segundos. Varios pensamientos pasaron por su mente. Pensó que los años le habían atrapado inesperadamente, la juventud lo estaba abandonando...

El viernes, Héctor llegó a la oficina más temprano que de costumbre. Antes de sentarse, buscó en el dispensador una taza de café caliente y la colocó encima de su escritorio para saborearlo lentamente. Acto seguido encendió el computador, entró a un «buscador», y escribió: *remedio para las canas*, tomó

un sorbo de café mientras el localizador tardaba los nanosegundos en arrojar el resultado. Se desplegaron varias opciones en la pantalla; dio un clic en la primera opción: «las canas prematuras», leyó en la primera línea del párrafo: «El pelo tiene una tendencia a perder su color natural con la edad que avanza...».

—¡Coño!, será que me estoy poniendo viejo y no me estoy dando cuenta —murmuró.

En eso movió el cursor a la siguiente línea y optó por seleccionar el segundo título de la página: «remedios caseros para las canas prematuras». Imprimió el artículo completo y comenzó a hurgar sobre el tema. Procedió a escribir las recomendaciones minuciosamente en una hoja de papel.

A la salida de la oficina sólo tenía que pasar a comprar, tal como lo prescribía, las hojas, los aceites y algunas especias por unas de esas botánicas que le quedaban en el camino de la ruta a la casa. Así lo hizo. Esa misma noche preparó y mezcló toda la química, hasta formar una pomada con un olor excepcional.

En la mañana del sábado Héctor comenzó a aplicarse el remedio para ocultar las canas. Cada vez que disponía de tiempo, acudía a embadurnarse la cabeza con el remedio que había preparado.

Antes de la diez de la mañana, Héctor salió a caminar para disipar la mente y dio varias vueltas al

parque; descansó por un tiempo en uno de los bancos. Para el medio día estaba de vuelta a la casa, con la frente mojada de sudor, caminó en dirección al espejo; minuciosamente miró el cabello para percibir cómo iba el efecto del remedio, entonces aprovechó para untarse una vez más, con fines de acelerar el proceso. Cada tres horas repetía la misma acción, hasta agotársele el domingo en la noche.

El lunes en la mañana Héctor vestía ropa de trabajo. Se situó frente al espejo y agarró el peine, lo pasó escrupulosamente por el pelo; cuando lo pasó por segunda vez, advirtió que una intensa hilera de cabello quedó entre los dientes del peine, se aproximó más al espejo y la desilusión lo atrapó de súbito. Se le había dibujado un claro que, a leguas, se le podía divisar el cráneo. Incrédulo, llevó la mano izquierda hasta la cabeza para cerciorarse de que no era real lo que le estaba ocurriendo. Haló gradualmente un pequeño montículo del lateral izquierdo de la cabeza, sus ojos se desorbitaron cuando miró el puñado de cabello. Quedó paralizado frente al espejo por un rato. Su mente quedó bloqueada por el engaño. Miró hacia el techo, mientras dejaba escapar un largo suspiro. «¿Qué yo he hecho...?». Un velo de tristeza le empañó el rostro. Presentía que su cabellera estaba supuesta en la cabeza, al igual que una peluca. Los cabellos se le caían al mínimo contacto de las manos; gradualmente iba quedando calvo.

Pensativo, aún continuaba sentado en la cama y se puso a repasar los eventos para comprobar qué había hecho mal. En eso recordó que, con la premura, no terminó de leer la información que había obtenido en la internet; precisamente en el último párrafo advertía, en letras pequeñas y mayúsculas, que no debía exponerse a los rayos solares mientras usara el remedio, puesto que podría tumbarle temporalmente el cabello.

El mismo lunes Héctor llamó a su médico de cabecera para que le otorgara una licencia médica de tres semanas, alegando que tenía en la cabeza un hongo contagioso que podía transmitirse con facilidad a otras personas. Al medio día envió la licencia a la compañía.

Después de la caída del cabello, una línea visible marcó drásticamente la vida bohemia y portentosa de Héctor Zapata. Perdió el empleo y luego se vio abatido por una depresión emocional que lo enclaustró un largo tiempo en el apartamento, y que luego menguó en un absurdo complejo psicológico.

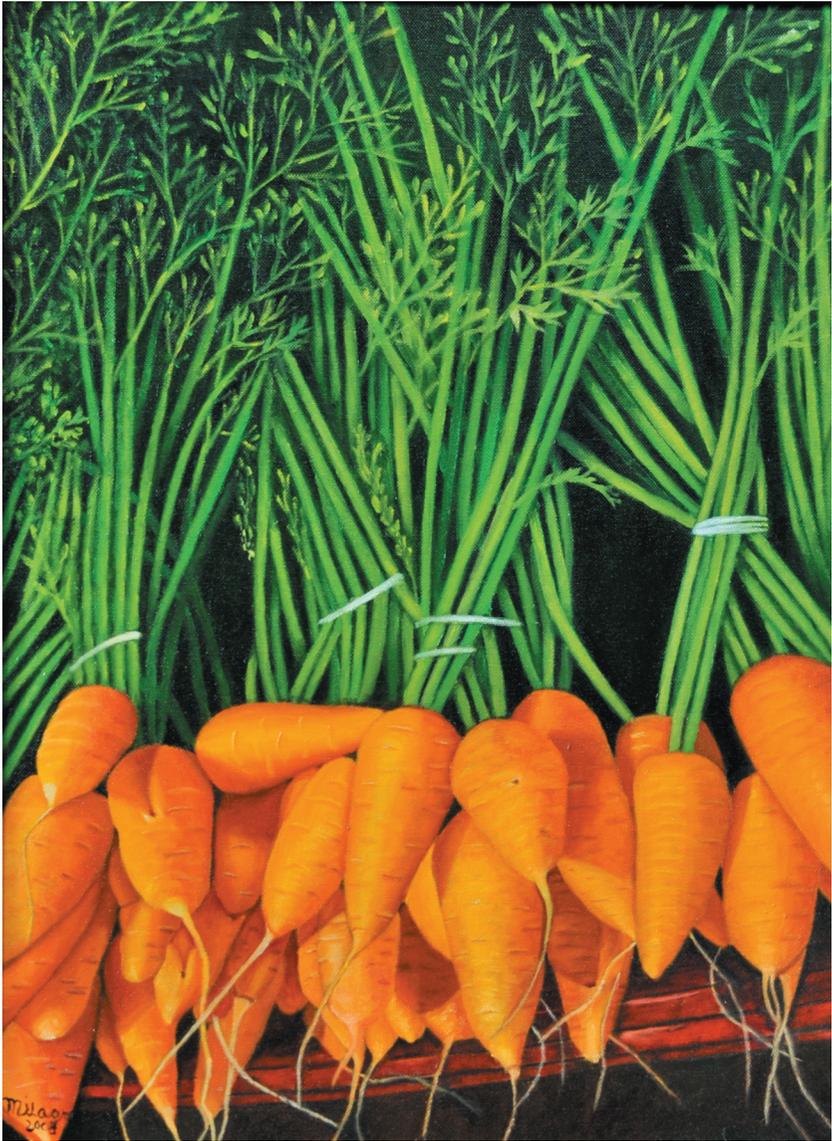
OP 2008

Pintura

Primer premio







«Zanahorias»

Cándida Verónica Laureano de Mejía

Cándida Verónica Laureano de Mejía

Nació en la ciudad de Moca en el año 1950. Realizó sus estudios en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, donde obtuvo el título de Licenciada en Contabilidad. Comenzó a laborar en el Banco Central de la República Dominicana en 1986, en el Departamento de Contabilidad.

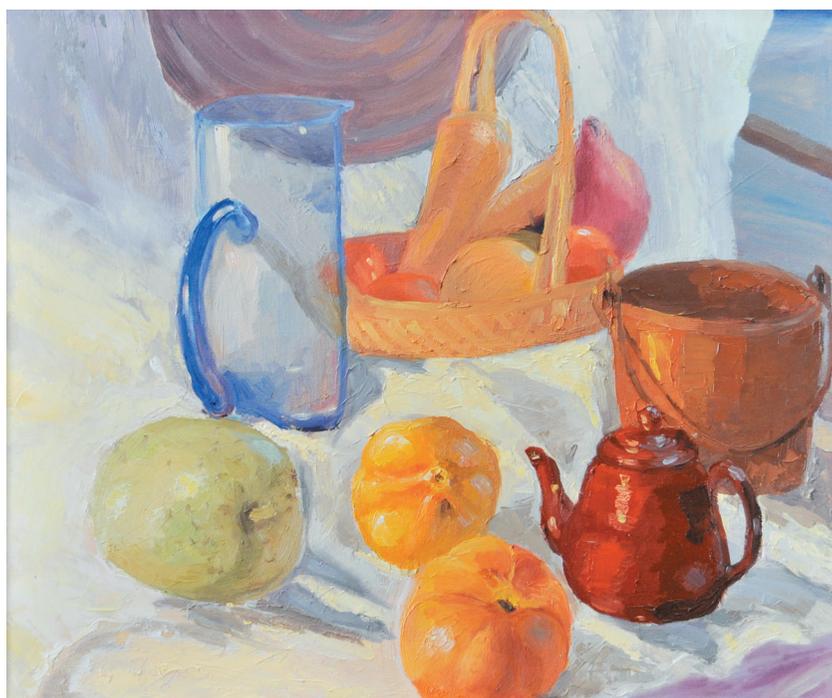
Su desarrollo por las artes se inició al ser pensionada en el año 1998, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos y talleres auspiciados por el Plan Cultural del Fondo de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central e impartidos por los profesores Miriam Meriño, Jorge Checo, Germán Ricardo y Nancy Familia, entre otros.

Hasta el momento, ha participado en distintos eventos, entre los que se cuentan la Colectiva Club del Banco Central (2001-2004), la Primera Colectiva de Jubilados y Pensionados del Banco Central (2005), el Concurso de Arte y Literatura del Banco Central (2006) donde obtuvo el primer y tercer lugar en la categoría de Pintura. Actualmente continúa sus estudios con los profesores mencionados en la Casa del Jubilado.

Segundo premio







«Bodegón de luz»

Ariadna Adames Rojas

Ariadna Adames Rojas

Nació en Santo Domingo el 30 de noviembre de 1986. Realizó sus estudios de primaria y secundaria en el Colegio Dominicano de La Salle, en el que obtuvo el mejor promedio académico de su promoción. En dicho centro de estudios disfrutó de la aproximación al arte a través de la profesora María Cristina García.

En el año 2005, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) la seleccionó como estudiante meritoria nacional del Programa Intec con los Estudiantes Sobresalientes (PIES). Es egresada del Instituto Dominicano de Periodismo (IDP).

En la actualidad cursa la Licenciatura en Derecho en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y desempeña sus labores en la Comisión Jurídica del Banco Central de la República Dominicana.

Su inclinación a la literatura y la pintura se evidenció a temprana edad. En 1995, con nueve años, recibió el Premio de Lectura, Lector Sobresaliente, del Colegio Dominicano de La Salle, Más tarde, en 1996, la revista infantil "Al Compás", del Listín Diario, la reconoció como ganadora del tercer lugar en el VIII Concurso Literario "El Rey León". En el 2000 obtuvo la segunda mención de honor del IX Concurso "Poesía a las Madres" organizado por la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña. En el 2003 ganó el primer lugar en el concurso literario "Terminemos el cuento", realizado por Listín Diario, Plan Lea y Unión Latina. En el 2005 obtuvo la primera mención de honor del mismo concurso.

En la actualidad asiste al Taller Literario César Vallejo y toma clases de pintura con el profesor Miguel Valenzuela.

Tercer premio







«Bodegón en sepia»

Teresa Calderón Cabral

Teresa Calderón Cabral

Primero que todo, nació. Para hacer esto tengo que haber nacido. Nacido en un lugar, así que fue, por suerte, en la capital de la República Dominicana. Semejante acontecimiento sucedió en el primer lustro de la década de los 50.

En mi adolescencia fui fanática de Los Vetales. Cuando acabé el bachillerato en el Colegio San Judas Tadeo, tomé la determinación de estudiar en el viejo mundo. Mis padres me apoyaron. Viajé a Europa.

Motivada por los acontecimientos históricos y políticos de mi país, me inscribí en la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Pro-Deo, en Roma, Italia. Allí aprendí muchas cosas, entre ellas, que nunca sería política.

Regresé a mi país donde comencé una nueva carrera. Entré en INTEC, donde estudié Administración de Empresas.

En el ínterin, me casé con un buen hombre. De ese matrimonio tuve dos hijas, Patricia y Laura. Me han regalado dos nietos y otro que viene en camino. A todos/as los/as amo profundamente.

Por esos años en que me casé solicité trabajo en el Banco Central, que estaba por inaugurar la Oficina Regional de Santiago de los Caballeros, donde vivía. Por fortuna, me aceptaron.

Al año de trabajar en dicha oficina, pedí mi traslado para la Capital, donde laboré durante 24 años y donde, además de aprender miles de cosas técnicas, escalar peldaño a peldaño las posiciones desempeñadas con entrega, mística y amor, cultivé hermosas amistades que vivirán por siempre en un rincón especial de mi corazón.

Durante los años de trabajo en la citada institución, me divorcié y me casé de nuevo con una persona excepcional (gran amigo), con quien tuve un hijo maravilloso, Abel, a quien amo entrañablemente.

Ahora estoy pensionada, haciendo dos cosas que siempre soñé hacer: escribir y pintar. Además, a mis años he vuelto a sentir la fiebre de ser fanática, cual colegiala frenética (con distinguida moderación). Esta vez de un grupo argentino de música y humor llamado "Les Luthiers", a quienes amo locamente por traer alegría, música, cultura, cariño, cada día de mi existencia.

Tengo una familia amorosa, de gente buena, trabajadora, honrada y una cantidad inenarrable de buenos/as amigos/as por todo el mundo, con quienes comparto gustos, inquietudes, penas, alegrías y un montón más de cosas agradables.

Doy gracias a Dios por todos mis tesoros, sobre todo, por "saberLo" en mí, llenando mi mundo de serenidad, de paz interior.

Primera mención de honor





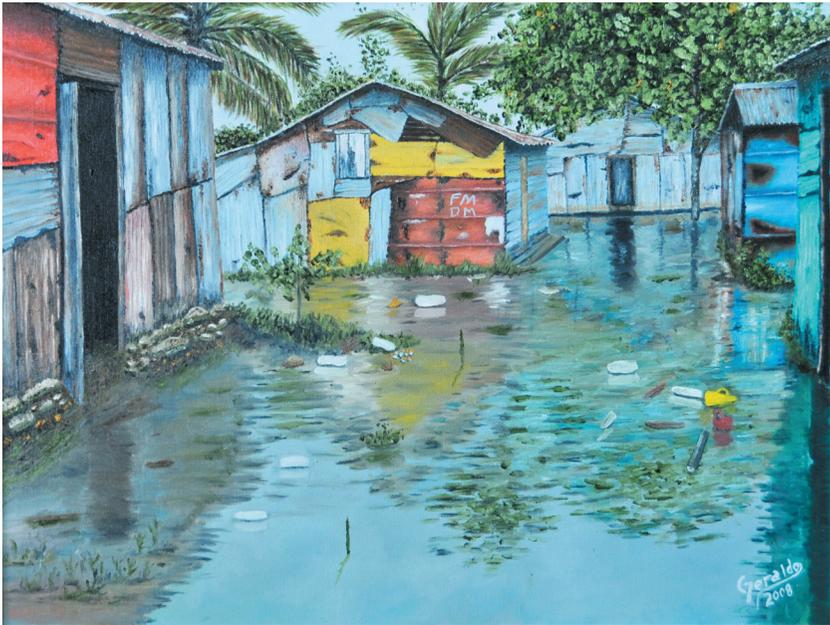


«Los tulipanes»
Cándida Verónica Laureano de Mejía

Segunda mención de honor







«El Ozama camina por Guachupita»

Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Nació en el municipio de El Cercado, San Juan de la Maguana, en el año 1966. Cursó sus primeros estudios en el liceo Luis Guarionex Landestoy, en su lugar de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó en la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero de Sistemas de Información en 1989. En 1992 ingresó al Banco Central de la República Dominicana en el área de informática del Departamento de Administración de Recursos Especializados.

Actualmente labora en la División de Administración de Bases de Datos del Departamento de Sistemas y Tecnología. En el año 2004 ingresó a la Universidad O & M donde obtuvo los títulos en Especialización del Software y Master en Ingeniería de Sistemas en el 2006. En 1996 ingresó a la escuela de arte Germán Ricardo, donde dio sus primeros pasos en la pintura.

Tercera mención de honor







«Amapolas del campo de Francia»

Celina Fondeur Cernuda

Celina Fondear Cernuda

Es licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Gregg. Conocedora de aspectos administrativos, normativos y de procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego en el servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. Al regresar a Santo Domingo fue subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en 1985, ocupando diferentes cargos, hasta el de directora del Departamento Cultural, puesto que ocupaba cuando fue jubilada en 1995.

Cuarta mención de honor







«Ternura»
Maritza Balbuena

Maritza Balbuena

Nació en Río San Juan. Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en el Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en la Ohio State University. Ha realizado cursos de pintura con los profesores Dancy Melo, Sonia Canto, Katia Samillán, Germán Ricardo, entre otros.

Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de catorce años, sirviendo en diferentes áreas. Además de la pintura, disfruta de las artes manuales, la natación y sus ratos libres los llena con la lectura y la música.

OP 2008

Dibujo

Primer premio







«Flor de loto»

Juan Elido Estevez Hurtado

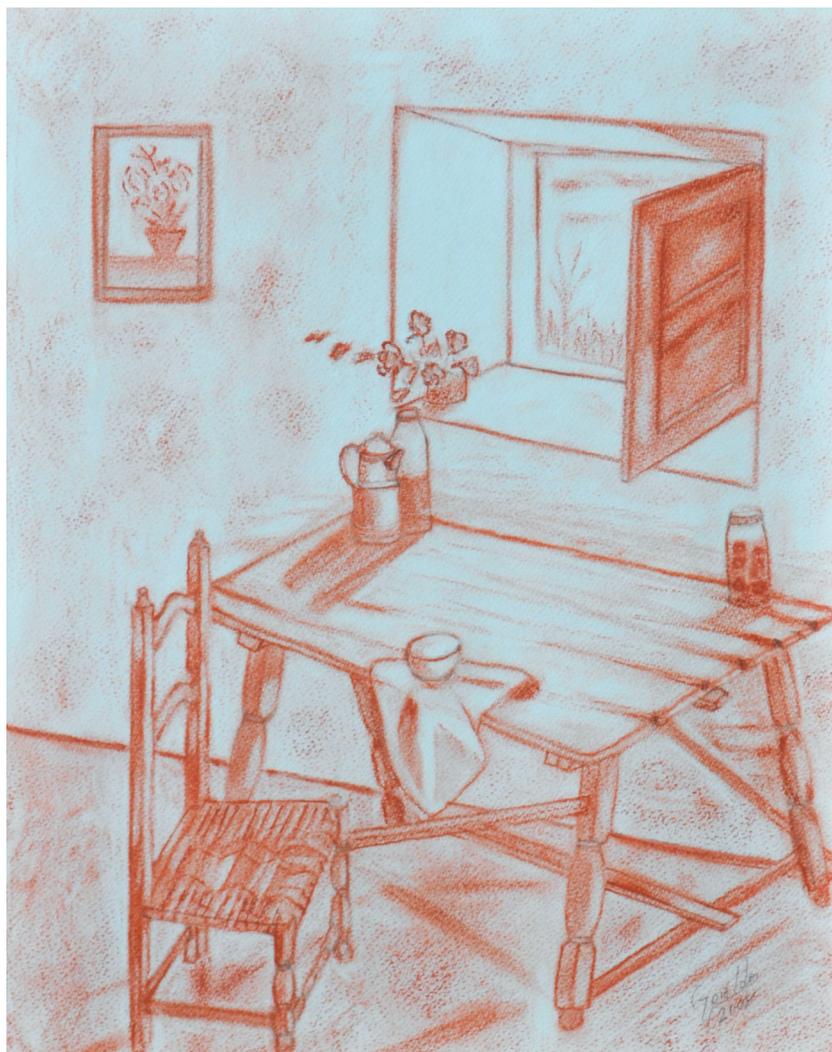
Juan Elido Estevez Hurtado

Nació el 27 de marzo de 1949 en "Las Cejas", campito rodeado de palmeras en la ciudad de San Francisco de Macorís, provincia Duarte. De familia muy humilde, se crió y realizó sus estudios primarios y secundarios; tomó clase de dibujo por breve tiempo en la escuela de Bellas Artes en San Francisco de Macorís. En el año 1973 se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde inició estudios en la universidad del Estado, los cuales tuvo que suspender varias veces por la situación inestable que atravesaba. Se graduó de Técnico en Educación Mención en Ciencias Sociales en 1985. Luego inició estudios de Artes en la misma institución (inconcluso); pero se dedicó a la fotografía primero como pasatiempo, y luego como profesión secundaria, la cual desempeña desde hace unos 20 años. Ha tomado cursos de dibujo en la Casa del Pensionado del Banco Central. Laboró en los Departamentos Financiero y Estudios Económicos-Cuentas Nacionales del Banco Central por unos 24 años. Actualmente es pensionado de esa institución. Es un amante de la naturaleza y de todas sus manifestaciones. Ha participado en varios concursos de Arte y Literatura auspiciado por el Departamento Cultural del Banco Central, obteniendo en una ocasión una mención de honor en el área de fotografía, y un primer lugar en dibujo en el concurso del recién pasado año 2008.

Segundo premio





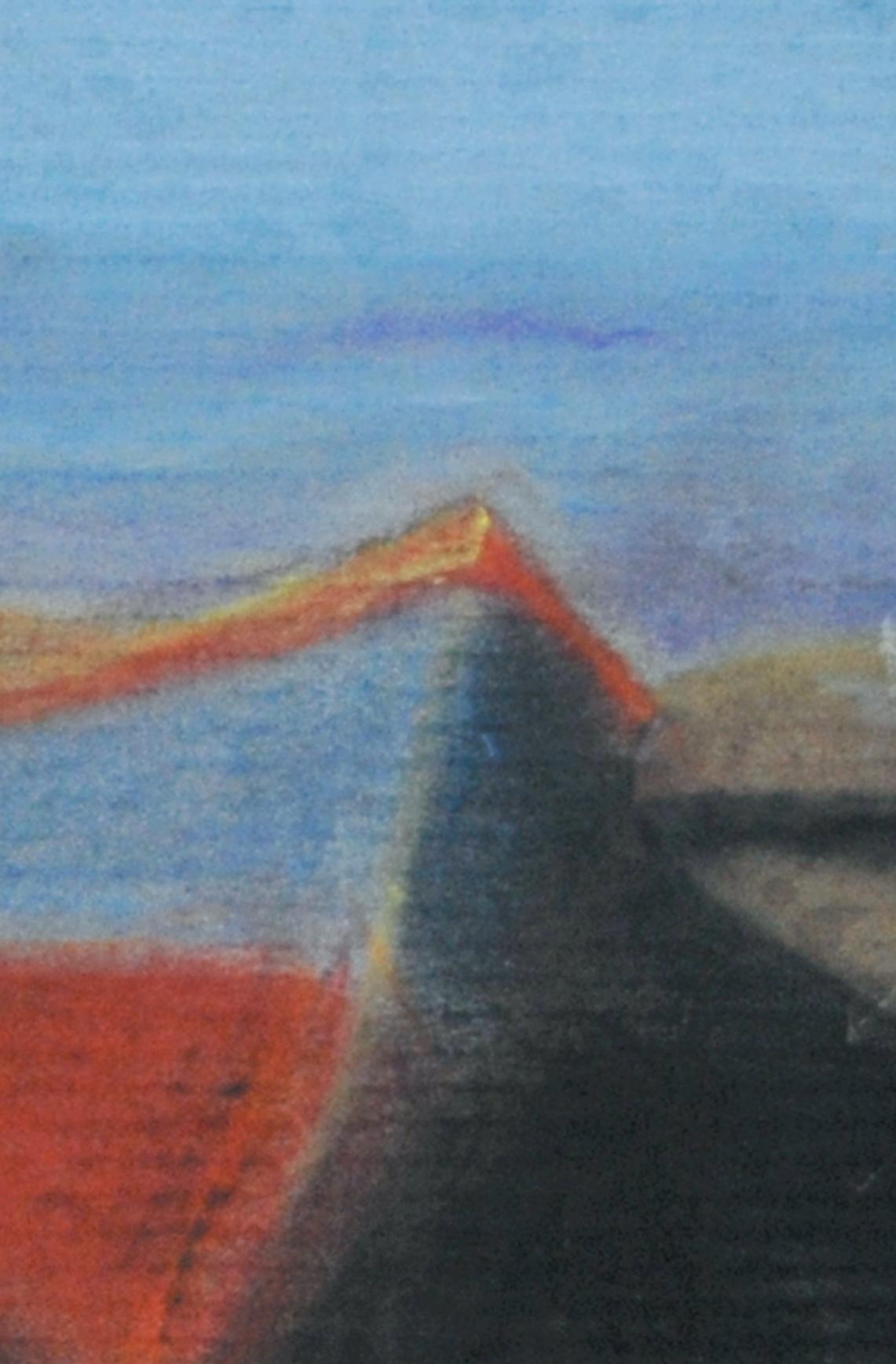


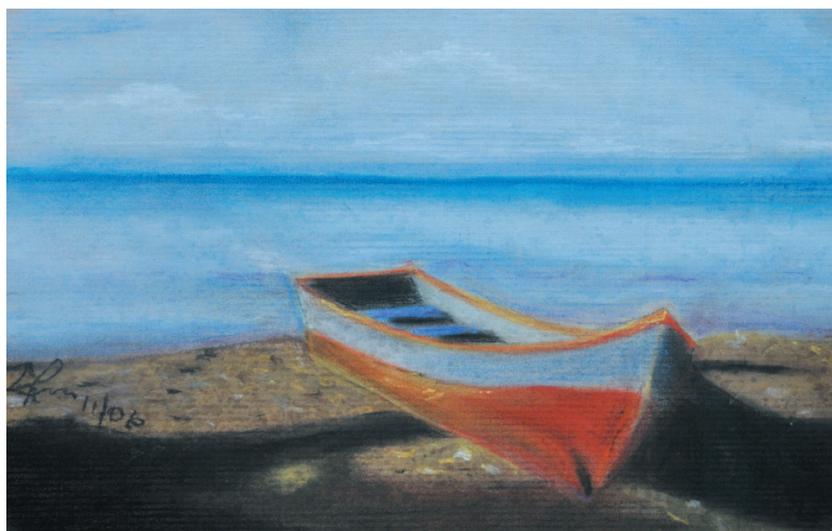
«Mañana campesina»

Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Tercer premio







«La barquita»

Ysabel Yrene Lora Ramírez

Ysabel Yrene Lora Ramírez

Nacida en Santo Domingo el 5 de noviembre de 1976. Egresada del INTEC, de la Licenciatura en Administración de Empresas, ha realizado estudios de especialización en Calidad y Productividad, así como en Gestión de Proyectos (PMP). Labora en el Departamento de Sistemas y Tecnología, Subdirección de Organización, Normas y Procedimientos del Banco Central de la Rep. Dom. Desde el año 2006.

Aficionada a diferentes formas de artesanía, recientemente incursiona en el mundo de las artes plásticas realizando estudios de dibujo y pintura con Charitto Chávez.

Mención de honor







«Algunas manzanas»
Ysabel Yrene Lora Ramírez

OP 2008

Fotografia

Primer premio







«El Colorao»

Alejandro Guzmán Ieromazzo

Alejandro Guzmán Ieromazzo

Nació en Santo Domingo el 2 de marzo de 1979. Realizó sus estudios primarios y de bachillerato en el Instituto Cultural Dominicano Americano. Cursó la Licenciatura de Mercadotecnia en la Universidad APEC, casa de estudios donde además hizo estudios de posgrado en Alta Gestión y maestría en Gerencia y Productividad.

Su interés por la fotografía nació durante el invierno de 2006 al recibir de regalo su primera cámara digital profesional. Sus temas preferidos son: imágenes abstractas, fotografía de alto contraste y vida animal. Además es un ávido cinéfilo y aficionado de las artes gráficas.

Actualmente funge como Analista del Departamento Internacional del Banco Central. Está casado con su esposa Ángela desde 2007.

Segundo premio







«Zupia»

Sabrina Hernández Batlle

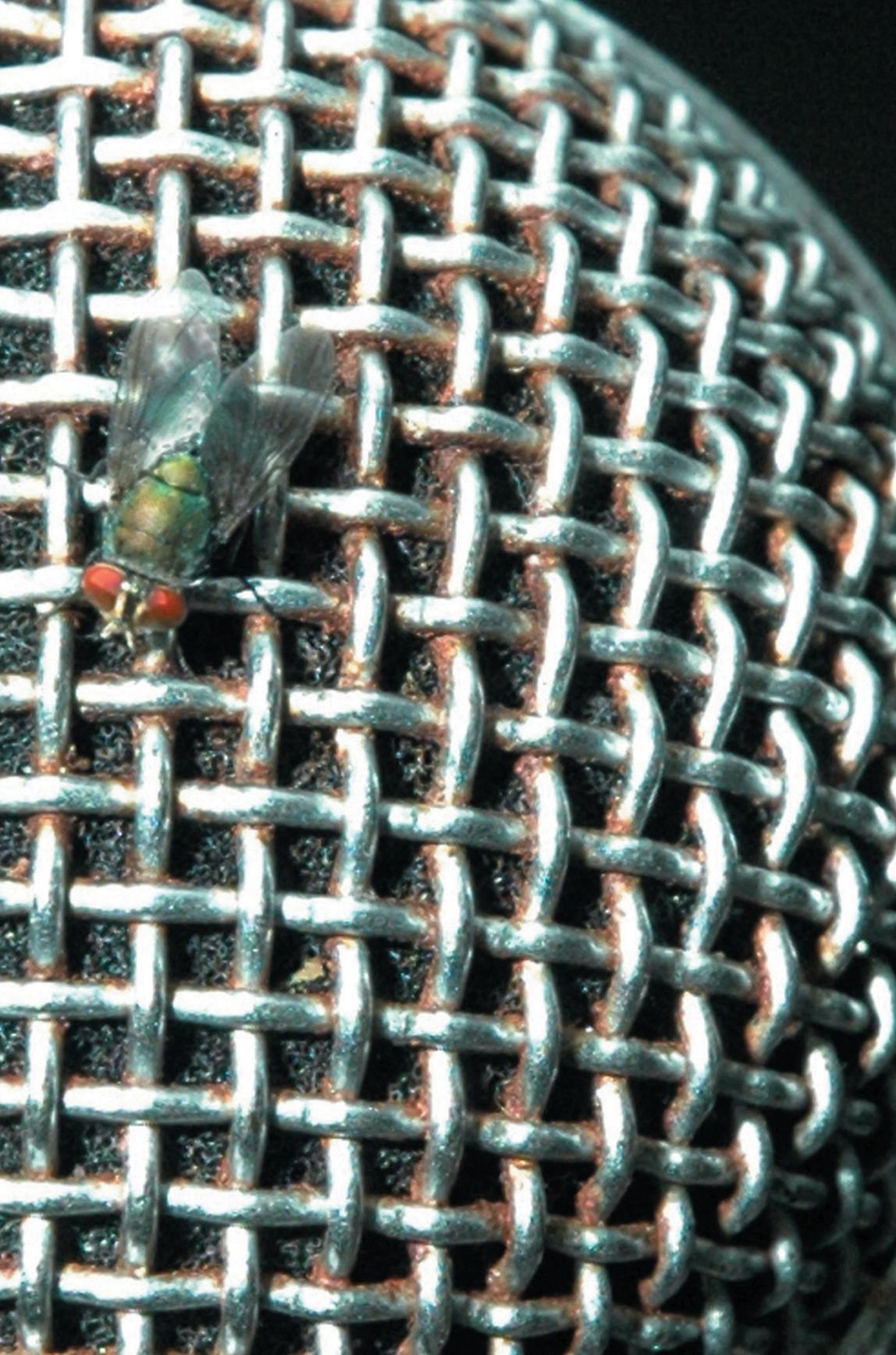
Sabrina Hernández Batlle

Nació en Santo Domingo un día de junio de un año específico. En esa misma ciudad, residió en Arroyo Hondo en los tiempos en que este era un sector suburbano, lo que alentó su amor por los espacios abiertos y la vida tranquila. Al concluir la escuela secundaria estudió ingeniería de sistemas en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo donde además realizó una maestría en Alta Gerencia.

Laboró 10 años en el Banco Nacional de la Vivienda y desde hace 11 años trabaja en el departamento de Sistemas y Tecnología en el Banco Central de la República Dominicana. Es madre de tres hijos hermosos, Sarah Patricia, Felipe Arturo y Daniela Marina que se constituyen en la razón de su vida, vive con ellos y su esposo, el arquitecto Marcos A. Blonda en Santo Domingo.

Tercer premio







«Sin aplausos, por favor»
Alfredo Antonio Gell Gómez

Alfredo Antonio Gell Gómez

Primera mención de honor



«Mi tía Chela»
Anabelle Linares Tavarez

Anabelle Linares Tavarez

Nació en Santo Domingo el 18 de octubre de 1974. Realizó sus estudios primarios en el colegio Mi Dulce Hogar y los secundarios en el Instituto Evangélico Alberto Abreu, graduándose de Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas.

Ingresó a la Universidad Tecnológica de Santiago (UTESA) donde obtuvo el título de Licenciada en Derecho; también tiene un diplomado en Derecho Comercial, mención Banca, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

A los 18 años de edad ingresó en el Banco Central como policía especial de banco del Estado (PEBE). Actualmente labora en el Departamento de Sistemas y Tecnología.

Segunda mención de honor







«Alfarero en creación»

Rafael Virgilio Ravelo Peña

Rafael Virgilio Ravelo Peña

Nació en La Romana el 23 de octubre de 1960, justo la fecha de aniversario del Banco Central. Es licenciado en Contabilidad e ingresó a la institución el 26 de agosto de 1985. Actualmente se desempeña como asistente técnico del Departamento de Tesorería-Atención al Cliente.

Su interés por la fotografía nace cuando recibe de regalo su primera cámara fotográfica Minolta, serie X-730, e inicia su primer curso de fotografía en el Museo de Historia y Geografía (1991). Continúa desarrollando habilidades cuando ingresa a la Casa Fotográfica Wilfredo García. Es miembro fundador del Foto-Club Wilfredo García y desde entonces ha participado en varias colectivas, siendo la primera en Casa de Teatro (1996), Central de Arte Nouveau (1998), nuevamente en Casa de Teatro en el 2000, de cuya colectiva se realizó una preselección para participar, a nivel internacional, con exposiciones en el Caribe, Roma y otras ciudades; y finalmente, colectiva en el Festival Internacional del Caribe (Cuba, 2002).

Ha sido galardonado en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral, obteniendo dos primeros lugares (2001 y 2005), un segundo lugar (2001), un tercer lugar (2002) y una mención de honor (2002).

Tercera mención de honor



«En el mar»
Sheila Guzmán

Sheila Guzmán

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Serie Arte y Literatura

Arte taíno (1^{ra.} ed. 1983, 1^{ra.} reimpresión abril 1985, 2^{da.} reimpresión marzo 1999, 3^{ra.} reimpresión 2003). Onorio Montás, Pedro José Borrell y Frank Moya Pons

Los tesoros artísticos del Banco Central : (Catálogo)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

La aventura interior (1^{ra.} ed. 1997, 2^{da.} ed. 2008). José Alcántara Almánzar

Las metamorfosis de Makandal (1^{ra.} ed., 1998, 2^{da.} ed. 1999). Manuel Rueda

Cuaderno de la infancia (1^{ra.} ed. 1998, 2^{da.} ed. 2007). Máximo Avilés Blonda

Imágenes del dominicano. Manuel Rueda

En la luz de la noche. Juan Manuel Prida Busto

Arquímedes y el Jefe y otros cuentos de la Era (1^{ra.} ed. 1999, 1^{ra.} reimpresión 2008).
Armando Almánzar R.

Xavier Amiama, pintor de la noche de Haití. Octavio Amiama Castro

La noche de Jonsok. Diógenes Valdez

Luz encarcelada. Luis Manuel Piantini Munnigh

Testimonios de un director de orquesta (1^{ra.} ed., 2000, 2^{da.} ed. 2007). Julio de Windt

Narraciones de vuelta al mundo. Jacinto Gimbernard

Por los lugares del recuerdo. Dulce Macarrulla

En torno a la música : guía para la apreciación musical. Aída Bonnelly de Díaz

Ensayos sobre música. Rafael Villanueva

El amor todos los días. Ida Hernández Caamaño

Huellas del errante. Fidel Munnigh

Diccionario de refranes. Margarita Vallejo de Paredes
y Alexandra Paredes de Fernández

Crónicas elementales. R. A. Font Bernard

La hiedra interior. Luis Toirac

Cálamo corriente : ensayos sobre cultura, literatura y arte. León David

Sombreros para un viajero : antología de ensayos sobre cultura y literatura.
Miguel Reyes Sánchez

La palabra en su asiento : análisis poético. José Enrique García

Pedro Henríquez Ureña : antología mínima. Prólogo, selección y apéndices de
José Alcántara Almánzar

Otras miradas : obras de arte del Banco Central de la República Dominicana.
Marianne de Tolentino

Fredy Miller : realidad y leyenda. Cuentos, poemas y otros escritos.
Jeannette Miller (Editora)

Mi primer museo. Marianne de Tolentino

Seis asedios a la literatura latinoamericana. Apolinar Núñez

María Ugarte : textos literarios. Jeannette Miller (Editora)

Quince estudios de novelística dominicana. Giovanni Di Pietro

Manuel y la lluvia. Silvia Zimmermann del Castillo

Concerto grosso. Armando Almánzar R.

Sinfonía de ideas en 4 movimientos. Catana Pérez de Cuello

Líneas alternas. Vladimir Velázquez Matos

Cartas a Silveria. Emilio Rodríguez Demorizi

El criterio ejercido. Luis Beiro Álvarez

Tureiro, areyto de la tierra y el cielo, mitología taína. Cristian Martínez

Aproximaciones a la literatura dominicana, 1930-1980. Rei Berroa (Editor)

Banco Central [texto] : sesenta años de historia, arquitectura y arte = Central Bank : sixty years of history, architecture and art. Gustavo L. Moré (Editor)

El sabor de las hormigas (cuentos). Arturo Rodríguez Fernández

Aproximaciones a la literatura dominicana, 1981-2008. Rei Berroa (Editor)

Catálogo de la colección del Banco Central. José Alcántara Almánzar, Luis José Bourget

La cultura en el Banco Central. Héctor Valdez Albizu

Serie Bibliografía Económica Dominicana

Bibliografía económica dominicana 1947-1987

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1978-1982

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1983-1986

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1988-1996

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1997-1998

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1999-2000

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 2001-2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1947-2004 (CD-ROM)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1947-2004
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 2005-2006
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Ciencias Sociales

La independencia nacional : su proceso
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Presencia de la cultura precolombina en el arte caribeño contemporáneo.
Mildred Canahuate (Editora)

Una interpretación de la política monetaria y bancaria dominicana 1984-1999.
José Luis Alemán

Apuntes de economía y política. Luis Manuel Piantini Munnigh

Cultura y patología. Mariano Lebrón Saviñón

Culturas aborígenes del Caribe.
Federación Internacional de Sociedades Científicas (Editores)

Antropología portátil. Marcio Veloz Maggiolo

*Los trabajadores del capitalismo exportador : mercado de trabajo, economía exportadora
y sustitución de importaciones en la República Dominicana, 1950-1980*
Wilfredo Lozano

La misericordia y sus contornos 1844-1916.
Francisco Veloz Molina

Rebeldes y marginados : ensayos históricos
Carlos Esteban Deive

12 ensayos de futuro sobre economía y sociedad

Arlette Pichardo Muñiz

Cultura indígena y educación natural

Lilliam García de Brens

Agenda de fin de siglo : crónicas y ensayos

José del Castillo

Ensayos sobre macroeconomía en la República Dominicana y países en vía de desarrollo.

Peter A. Prazmowski, José R. Sánchez-Fung, Amelia U. Santos Paulino
(Editores)

Essays on Macroeconomics in the Dominican Republic and Developing Countries.

Peter A. Prazmowski, José R. Sánchez-Fung, Amelia U. Santos Paulino
(Editores)

Un camino hacia el desarrollo I. Héctor Valdez Albizu

Un camino hacia el desarrollo II. Héctor Valdez Albizu

Constanza, Maimón y Estero Hondo : testimonios e investigación sobre los acontecimientos (3^{ra}. ed.). Anselmo Brache Batista

Serie Cuentos Virgilio Díaz Grullón

Vendimia Primera : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2001

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Vendimia Segunda : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2002

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Educativa BCRD

¿Qué es un Banco Central? Henry Almonte Diloné

¿Qué es el dinero? Henry Almonte Diloné

¿Qué es la inflación? Henry Almonte Diloné

Serie Folletos

Historia de la moneda : origen y evolución. Juan Manuel Prida Busto

Serie Nueva Literatura Económica

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 1996*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 1998*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 1999*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2000*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2001*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2002*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2003*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2004*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2005*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca
"Juan Pablo Duarte" 2006*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Numismática y Filatélica

Catálogo del Museo Numismático (1^{ra.} ed. 1997, 2^{da.} ed. 2003)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Emisiones postales dominicanas 1865-1965. Danilo A. Mueses

El correo en Santo Domingo : historia documentada (Reimpresión).
Oscar E. Ravelo A.

La moneda provincial de la Isla Española (Reimpresión)
Fray Cipriano de Utrera

Introducción a la numismática. Avelino Álvarez Rey

Catálogo de la Sala Filatélica
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Billetes dominicanos 1947-2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Catálogo del Museo Numismático
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Conozcamos nuestro dinero. Sinthia Machado de Sosa

Serie Obras Premiadas

Obras premiadas. Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Quinto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2001
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Octavo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Noveno Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2005
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Décimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2006
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Esta primera edición de 500 ejemplares de *Obras Premiadas, Undécimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007*, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de noviembre de 2008.

